

# **ESTRUCTURA PSICOLÓGICA ESENCIAL** **DEL HOMBRE**

(Curso dictado por el R.P.Fr. Mario José Petit de Murat, en la Cátedra de Antropología Tecnológica, año 1971)

## **CAPÍTULO 1**

### **PARÁGRAFO 1**

La palabra “ESENCIAL” les habrá llamado la atención en el título de este curso: “Estructura psicológica *esencial* del hombre”.

Es novedad y atrevimiento hablar de esencias, de esencial, en el siglo de la ciencia empírica, la cual es agnóstico-fenomenológica.

Kant promulgó, y fue aceptado por los tiempos que hasta hoy le siguieron, que el hombre no conoce la realidad del universo, más que los fenómenos, esto es, las apariencias que llegan a sus sentidos, y como dichos fenómeno son, según él, alterados por las “formas a priori” de la imaginación y las “categorías” también “a priori” de la razón - formas categóricas no demostradas sino solo supuestas por Kant - concluye que no pueden conocerse las esencias de las cosas reales: así Kant siguiendo a Hume cercena las ciencias pues, éstas ya, en adelante, no han de tener otros objetos de estudio que los fenómenos inmediatamente aprehendidos por la intuición sensorial. La naturaleza, la esencias de las cosas y sus causas quedarían vedadas. El hombre con el “*intus leggere*” (leer dentro) de la inteligencia negado por ese escepticismo arrasante, lograría conocer solo lo que entra en contacto inmediato con su epidermis.

No seguiremos tal criterio frente al hombre. Con él no se han ganado más que la imprecisión y deplorable reducción del objeto de la psicología. El positivismo ha ido contrayendo insensiblemente el ángulo de observación de la riquísima naturaleza humana hasta terminar localizándose en porción mínima: los reflejos condicionados y los resultados del obrar en el subconsciente y en el inconsciente. Las hormigas trepando por la pierna de un hombre que ha pisado un hormiguero, y mordiendo apenas algunos puntos de su epidermis, nos dan la imagen viva del conocimiento fragmentario que la variedad de pequeñas escuelas empiristas han logrado del hombre. Habiendo intentado últimamente la “psicología profunda”, ellos mismos se arguyen de superficialidad.

Por tal camino las pruebas de los empiristas de usar gran rigor científico frente a las fabulosas concepciones psicológicas de los metafísicos racionalistas, terminan en una ciencia conjetural - el psicoanálisis - y sobre todo la fáctica - el conductivismo -.

Poco les importa conocer al hombre ahora que han apresado los resortes por donde pueden mover al hombre - muchedumbre -. Efectivamente, en el punto a que se ha llegado en la construcción del mundo materialmente, ya no les interesa poseer otra cosa que algunas fórmulas psicológicas fundadas en la correspondencias entre estímulos y reflejos condicionados para, por esa vía, sedimentar en las zonas del subconsciente y del inconsciente la sugerencia que lo enajenen y muevan según convenga a los planes de otros: psicología aplicada, técnicas de la persuasión, propagandas, lavajes de cerebro, test de orientación profesional, se fundan nada más que en el conocimiento de dichas zonas donde el hombre es un ser anónimo, impersonal.

## **PARÁGRAFO 2**

La paulatina reducción que padeció la psicología empírica se debe a que su especificación como ciencia ha sido incompleta. El hecho de que reduzca a simple fenómeno el objeto que se ha de estudiar y a intuición sensorial la aptitud cognoscitiva frente al mismo, delata que, en este caso, la intuición científica se mueve en ignorancia del mecanismo de conocimiento humano; si el racional, además de sensible, fuera intuitivo, bastaría la mostración de fenómenos para saberlo todo. Las ciencias empíricas, entonces, no tendrían porque entrar en explicaciones, hipótesis ni discusiones.

Pero nuestro conocimiento racional es intuitivo solo de manera oscura e imperfecta la naturaleza de la cosa corpórea tampoco es evidente de inmediato. Si algo, precisamente manifiesta la observación del fenómeno es su inexplicabilidad en sí mismo y el entendimiento, porque sigue en todo a la naturaleza, necesariamente se mueve para encontrar la explicación más allá de la primera evidencia, ya en la cosa misma, ya fuera de ella, en causas extrínsecas.

Lo peculiar de la razón es moverse entre dos polos. Uno, la simple aprehensión ( intuición sensorio - intelectual) de la realidad corpórea inmediata al hombre; el otro, los primeros principios indispensables para que la argumentación se mueva y el juicio se produzca.

El empirista se desentendió de éstos últimos necesarios a la especificación de sus ciencias, desde que el nominalismo y los metafísicos racionalistas los habían convertido en objetos de constante revisión y de soluciones apriorísticas, personales. Con excesiva reacción se aferraron con exclusivismo tan nocivo como el de los racionalistas, al otro extremo del conocimiento humano: al encuentro con la realidad sensible inmediata, intentando encontrar todo en la observación de lo que aparece a los sentidos. Dieron al experimento derecho de exclusividad apodéctica. Ya Leonardo da Vinci le había propuesto frente a los desvíos del nominalismo: “Es verdad lo verificable”.

En consecuencia, se sistematizó con rigor la observación, el experimento y el análisis de toda materia sensorialmente perceptible.

Tal reajuste fue acertado. Así se confirmaba frente a la variedad de los últimos metafísicos, el encuentro de los sentidos y el entendimiento de la cosa corpórea, puerta por donde la inteligencia racional puede entrar mediante la demostración argumentativa en toda realidad esencial o casual: el experimento y la inducción son los pasos incoativos de la ciencia humana, incluso la metafísica.

Pero no basta. Los primeros principios, esto es, el conocimiento real más amplio, ya experimentado y conocido, que contenga potencialmente al objeto que se intenta estudiar es indispensable para lograr lo que aún no se conoce; por ejemplo, se necesita la posesión científica del constitutivo esencial del ser corpóreo para penetrar seguramente en el ser psicológico, por la simple razón de que aquel es el género próximo que hace posible la existencia de éste.

Esta segunda parte falla en las ciencias que pretenden ser nada más que intuitivas. Aunque quieran no pueden desligarse de la deducción. Ellas comienzan con gravedad metodológica provisoria, más cuando llegan a las conclusiones, enflaquecen y decayendo, se incorporan al elenco de los conocimientos vulgares. Por descuido de los primeros principios, a lo cual se agrega la reducción simplista del método a una pura intuición e inducción, no han logrado otra cosa que moverse y revolverse dentro del ámbito asfixiante de los atavismos característicos de una época y una determinada mentalidad social.

Está bien estudiar los fenómenos con las mayores garantías metodológicas posibles, pero también es verdad que resulta imposible a la naturaleza humana limitarse a la pura descripción objetiva del fenómeno; que así dicen los empiristas, no proponerse otra tarea que la de descubrir lo que pueden observar en sus experimentos.

Aunque la voluntad de ellos quiera reducir la razón a oficina registradora de percepciones, que ésta soberanamente siempre interpreta.

Toda descripción lleva latente, consigo, una interpretación. La mente del que describe se hace presente de manera ineludible en las conclusiones. El hombre, incluso el científico, es un viviente racional y nadie puede suspender o cambiar el modo de operar propio de la razón. El encuentro de los datos empíricos con los principios que animen la mente del científico, produce necesariamente un juicio, aunque éste no lo quiera, que dará dichos datos el sentido y la concepción de la realidad, propia de los principios que produjeron el juicio.

Cuando conocemos ese mecanismo intrínseco y nada simple del pensamiento humano entendemos dos cosas: la primera, qué distante de poder ser simplemente intuitivo y descriptivo; la otra, hasta que punto los esfuerzos de los positivistas pueden quedar absorbidos por una mentalidad vulgar si el científico no cuida con esmero que los principios que van a regir sus investigaciones sean también frutos de un científico y objetivo.

Freud es un ejemplo típico de la destrucción que padece una esforzada labor científica al estar minada por principios atávicos. El hallazgo del subconsciente patológicos científico. Hecho real, del cual está allí presente sobre todo en el siglo veinte; fondo quebrado de la persona humana y al primer médico psicoanalista después de la novelística que delata el mismo hecho de mil maneras, le toca precisarlo y comenzar a escudriñarlo como objeto de ciencia.

Pero los principios que animan su mentalidad personal intervienen cuando interpreta lo que ha observado y promulga como verdad científica que todo lo que allí acaece sólo se debe a una sexualidad agresiva constante, capaz de impregnar según el, todos los actos de todas las edades del hombre.

Es demasiado. Sus conclusiones manifiestan ignorancia de la naturaleza humana. No conoció una psicología completa ( fue nada más que médico ); ignoró la inteligencia racional, la voluntad, los sentidos internos; no supo distinguir instinto de apetito ni de pasión; tampoco cual es el estado de salud y la normalidad de la naturaleza humana. Se movió dentro de los límites del subconsciente patológico como si éste fuera todo el hombre: más aún, como si al penetrar en él, hubiera logrado apresar la esencia humana; así, en consecuencia, la libido resulta en su sistema un morbo, un monstruo enigmático, constante y universal.

Con tamaña conclusión no reveló el interior de todo hombre, sino que el suyo propio y su mentalidad son los de un obeso-sexual. Sus investigaciones dejan de ser científicas en sus conclusiones para convertirse en fábulas y mitos de una mente sombría y romántica. (No hay demostración científica para ello, el ego, el super ego ni para la mujer = Hombre mutilado).

En Ivan P. Pavlov también encontramos el mismo disloque científico. Dedicó casi toda su vida a observar la digestión en los perros. Es nada más que un fisiólogo. Sin embargo, y sin notar lo desmesurado del salto, aplica al hombre lo que allá descubre. No habría desafuero si por la digestión de los perros coligiera algo del funcionamiento de la digestión del hombre; lo inconcebible es lo que declara en su conferencia del 12 de setiembre de 1934: “Koehler es un animista acérrimo, que no puede resignarse a que se tome el alma entre las manos, se la lleve al laboratorio y se clasifique las leyes de su funcionamiento en los perros”.

¿Es científico el que busca Paris en Alaska?. Tendríamos por demente al sesudo que pasara la vida observando las lagartijas y luego declara que con esos estudios está conociendo la vida de los albatros. Pero como en este caso, el afectado por los sofismas y extrapolaciones de Pavlov no es el albatro ni la lagartija sino el hombre, las consecuencias, parece, no importan tanto.

La burda ironía se vuelve contra él, no resulta otra cosa que un sarcasmo contra su labor científica. Deja de serlo al menos en las conclusiones pues se las ve rígidas por el atavismo vulgar que corroe a Europa, de que el hombre a toda costa, con demostración o sin ella, tiene que ser un puro animal.

Frente a esa actitud, el humorismo de Chesterton respondió en “El hombre eterno” con amarga profundidad: “...el hombre de Occidente ya no distingue a un caballo de hombre a caballo...”.

### **PARÁGRAFO 3**

Pero si el empirista está en la rara voluntad de ser miope, allá él. La verdad es que el hombre tiene potencia suficiente para conocer las esencias de las cosas y del hombre.

Más aún: de manera oscura, inconsciente, o por posesión expresa, todo conocimiento trae, no sólo como quiere Kant y los positivistas, accidentes, apariencias o fenómenos, sino también un sustrato ineludible: la esencia de la cosa aprehendida.

Sin saberlo -pocos hombres son los que lo saben- sus potencias y sus vidas se mueven constantemente en el ser, en la luz originaria y bien final donde toda cosa existe.

Ya veremos que no hubo ni habrá un hombre que posea una sensación pura. El caudal óptico de las cosas entra por el cauce del conocimiento sensible hasta en el hombre más rudo.

Nunca, jamás, sabremos por experiencia cómo es el puro conocimiento y el placer de los animales. Desde la primera percepción de la infancia, el conocimiento sensible y la intuición intelectual operan relacionadas por estrechos lazos funcionales. La mayoría de las veces se las posee a ambos, indiscriminados, en confusión y se los considera un solo conocimiento y un solo acto.

Por ejemplo: el ensayo de la ciencia, de ser solo empírica, se ha encargado de demostrarlo de manera concluyente. Ya lo dijimos: No quisieron otra que la resultante de la pura aprehensión sensorial del fenómeno. La razón, en este sistema, se encuentra reducida a una simple registradora y ordenadora de dichas observaciones.

Pero ha sido en vano; nunca lograron una “visión pura” del fenómeno a solas. Todos los argumentos y descripciones suponen una esencia; esto es, asoma en ellos, irreductible, el rastro de la que, desde el nominalismo en adelante, los científicos de “la verificación de experimento” quisieron negar.

Lo malo está en que su presencia es subrepticia pues no se proponen conocerla ni armar el método en la proporción necesaria para alcanzarla. Las conclusiones que sacan de sus experimentos y análisis proponen siempre una concepción del hombre y del mundo, una convicción muchas veces inconsciente, un “a priori” atávico, no demostrado. Todo los fenomenistas tarde o temprano, terminan en una esencia.

Volvamos a los casos Freud-Pavlov; la ilusión de este último de que puede llevar el alma del hombre en sus manos y comprobar su funcionamiento en las entrañas de los perros, descansa, sin duda sobre el “a priori” de que la naturaleza humana es animal; y el trauma de S. Freud-niño con su madre, le hace concebir al hombre como una trágica sexualidad subsistente.

## **PARÁGRAFO 4**

Desgraciadamente, como lo habéis visto, el propósito de introducirnos en las nobles estancias de la esencia humana, debe atravesar un espeso muro de contradicciones.

La ciencia de Occidente declinó en este punto su pasión por la verdad para entregarse a buscar y “verificar” un hombre preconcebido; se mueven bajo el signo de un “a priori” obsesivo: el de encontrar al hombre localizado en el hombre, sin trascendencia o referencia a otra cosa o principio. Ser sólo él, a costa de todo, aunque todo lo pierda; en sí, aunque para ello tenga que enroscar su casi infinita indigencia dentro del propio vacío subjetivo y enredarse allí en apetitos y fantasmas. Y mientras los metafísicos racionalistas (Descartes, Espinoza, Wolf, Kant, Hegel) le dicen de diversas maneras que pueden estar en paz y buscar toda la realidad dentro de sí, los positivistas intentan convencerlo que es un animal, nada más que un compuesto orgánico, uno de tantos, eso sí, con raras excrescencias llamadas “superestructuras” o “instintos sublimados”. Todo, cualquier cosa, con tal de evadir la verdadera esencia, castigo impuesto por el hombre desgarrado de Dios, porque ella es molesta, llamando siempre y de mil maneras al Amado donde reposa.

Me propongo a nombrarla, mostrar los vestigios de su faz ultrajada. No voy a comenzar por definiciones como lo hacen los manuales de “psicología racionalista” a los cuales se debe tanto el descrédito que injustamente se echa sobre la psicología clásica.

Mejor: sobre la psicología a secas pues ella es verdadera ciencia de la naturaleza humana en cuanto viviente y no necesita de calificativos.

¿Psicología racional? ¿Porqué? ¿Es que acaso toda ciencia no es racional?.

¿Psicología filosófica?. ¿Notamos el gesto de lástima y desprecio que encierra tal calificativo?. Si supierais el devaneo, la

ficción mental, el vano juego conceptual que representa a la imaginación de los empiristas, la palabra “filosofía”, entenderías porque resulta inaceptable la psicología tildada de filosófica.

Psicología, es suficiente. No existe una “racional” y otra “empírica”. Existe la psicología ciencia completa, la cual como toda intención no ética normal comienza comprobando los hechos que se han de estudiar por medio de la experiencia y la observación (empirismo) y termina alcanzando las causas de esos hechos por vía racional de abstracción, análisis y juicios apodícticos.

Los que buscan la verdad, esto es, el conocimiento de la realidad, ya no pueden aceptar la “Filosofía”. Noble término pervertido por el europeo sobre todo el germano y el franco en tanta medida cuanto los griegos y los pueblos que bordean el Mediterráneo nombraron con él alta sabiduría. La filosofía comenzó su derrotero de muerte cuando a Descartes se le ocurrió encontrar la verdad servida dentro de un hombre. Desde entonces el europeo entró en una enconada ofuscación frente a la sabiduría porque la verdadera es camino seguro que conduce hasta la Faz del que Está antes del hombre y después del hombre.

Con el principio cartesiano “cogito ergo sum”, la contradicción entró en esa alta disciplina y fue ésta desgajándose de la realidad hasta llegar con Hegel al conceptualismo absoluto y despreciable. Por eso no se puede admitir que a una de las pocas ciencias perfectas que existen, la psicología, rica como su objeto y sazónada en profundidad por lo que todos los siglos y culturas han aportado al conocimiento del hombre, se le dé lugar en una filosofía en estruendosa decadencia: la racionalista, verdadero “flatus vocum”.

Produce asombro, por otra parte, que el sociólogo empirista piense que con él se ha comenzado a conocer al hombre. Aquí se repite el cuento de aquel pescador escocés que se convenció de que descubría una tierra nueva la vez que con su barca tocó inadvertidamente costa de Irlanda. Sin duda cuando nos enteramos del conocimiento profundo que del hombre tuvieron griegos, romanos, hebreos, hindúes, chinos y medievales, comprendemos que en antropología se ha descendido a estratos biológicos, a un conocimiento de lo que en el hombre hay de genérico con el animal, perdiendo de vista lo privativo de él, la diferencia de él, la diferencia específica, la racionalidad, que lo justifica en el concierto y variedad del universo. Más, sin alejarnos tanto en el tiempo, basta referir el psicoanálisis a su madre, el teatro y la novela, para notar que el conocimiento oscuro pero penetrante que del mundo subjetivo hallamos en esas dos formas de la literatura, ha padecido asfixia, esquematización mitizante al meterlo dentro de los límites del científico “especializado”. Basta recordar la grotesca interpretación que Freud hace de la tragedia de Edipo Rey para entender que una de sus características demoledoras es profanar lo humano y bestializarlo. Evidentemente, Shakespeare, Dostoevskyj, Balzac, Marcel Proust, intuyen las profundidades del alma humana, la misma que encontramos acorchada en los mitos sombríos del “ello, ego y superego”.

Para conocer científicamente al hombre hay que llegar hasta su racionalidad que es el módulo sustancial distinto, de toda su naturaleza. Sólo así podremos entender los modos propios de su sensibilidad y apetitos, de sus pasiones y acciones sin tener que inventar fabulosas “superestructuras” ni “instintos sublimados”. El empirista ha caído en el burdo error de proceder con el hombre, como los que llaman turco al árabe porque saben vagamente que ambos viven en el Próximo Oriente. han descubierto que en el hombre lo mismo que en los animales, hay, entre otras cosas, glándulas y hormonas; pero aún no se han dado cuenta que mientras en éstos la producción de hormonas es muy regular, en el hombre se presenta en extremo desconcertada y hasta enloquecida, sin medida; que, además en los animales, los “nervios” no devoran los glóbulos rojos de su propia sangre ni ulceran el estómago. Bueno, médicos y fisiólogos que se alzan con ciencia más alta que la suya no pueden proceder de otra manera. Actitud tan desatinada nunca se había dado, hasta ahora, pues uno de los tantos signos que revela la grosera decadencia en que ha caído el Occidente.

## **PARÁGRAFO 5**

Comencemos por ser empiristas. Recorriendo la vasta experiencia de todos los días y de todos los ambientes y niveles, encontramos muchas veces la presencia de la esencia humana abriéndose paso, desollada, a través de convicciones, acciones y costumbres que la contrarían.

Observemos las vidas comunes, las de las muchedumbres urbanas: las vemos niveladas hasta la monotonía, sin mayores diferencias personales. Repiten convicciones, actitudes, modas y rutinas “standard”. Una única ley -hacer lo que hacen los demás- asegura la perfecta pasividad de ellos frente a la civilización de la masificación y del consumo. Contraria, ésta, a lo heroico,

grande o virtuoso - su aspiración suma es la comodidad- enseña de todas maneras que la felicidad posible al hombre consiste en el consumo de lo que propone el “progreso” (industria y comercio) día y noche con sus medios de saturación mental -propaganda, periódicos, medios audiovisuales-. De esta manera, la vida de los hombres se mueve apenas, sin ninguna tensión de crecimiento personal, entre dos polos de irrealidad: lograr un nivel económico y consumir lo que el comerciante ofrece mediante las técnicas de la persuasión (observemos a este propósito que cualquier cosa es “mejor” si llega en envase y bajo rótulo, esto es, “bien presentada”).

El hombre-muchedumbre no nota aún que ha sido despojado de la vida verdaderamente humana. El mundo del departamento, del aire acondicionado, la televisión, las comidas en latas, el cigarrillo, el maquillaje, el trabajo-rutina, ha resultado en la realidad cosa muy distinta de lo que la intención del hombre se proponía: duro yermo de acero, cemento, gases y lívidas energías que sitian el hombre impidiendo su vida.

De esta manera el marido tiene no-esposa; y ambos se ahogan en el peso de los hijos convertidos en flagelo imsoportable. La televisión aleja la amistad, pone distancias en la convivencia, fomenta la estulticia. En general, la maquina se interpone entre el hombre y la naturaleza, quitándole el sabor de la tierra y las criaturas.

Los urbanistas ven en el micro-clima producido por las ciudades, las mismas características de los climas de los desiertos.

Pero como la propaganda dirigida que satura todo el mundo moderno, y por ende, el criterio vulgar, tilda de “Humanismo” y “Progreso” a ese desvío hacia lo antihumano, la muchedumbre, dando un paso más en el torpe sofisma, considera “lo más natural del mundo porque todos lo hacen”, agitarse en el ámbito vacío de ese enorme sistema cerrado de cosas sin sustancia.

La verdad es que uno es el mundo que conocemos cuando no conocemos nada; cuando todo lo rozamos y reímos sobre la superficie de las almas y las cosas: cuando somos muchedumbre, correalidad, versión convencional del hombre tramada por ideólogos, periodistas, radios, psicoanalistas y gobiernos improvisados, ignorantes del hombre y del bien común.

Para tal mentalidad el mundo brilla y avanza en alas de un indefectible “progreso” mítico, con todos los colores que la imaginación da a las ilusiones. Inconscientemente se transfiere la esplendidez del auto al que va adentro, enfundado en él y se atribuye el poder y aparente grandeza del rascacielos, a sus habitantes, pobres cautivos hacinados en departamentos asfixiantes.

Movidos sólo por estímulos, sugerencias e impresiones, asentados de manera incommovible en la grosera convicción de que el progreso de la técnica y la maquina es progreso del hombre, arrastrados por torbellinos de activismo externo -que es de nadie-, sin tiempo para detenerse a reflexionar y a enjuiciar las cosas que la industria del comercio les ofrecen día y noche como baranda de “criaturas” nuevas, sorprendentes y fugaces, sus juicios tanto teóricos como prácticos, dan un salto y convierten las cualidades y grandeza aparentes de sus artefactos en cualidades y grandezas positivas del hombre.

Así, y como conclusión que brota necesariamente de esa premisas, concluyen que la felicidad humana consiste en adquirir sin descanso autos, heladeras, aire acondicionado, máquinas fotográficas, no-vestidos convenidos por modistos, cigarrillos (drogas tal vez), revistas “agiles” en la intriga, el chisme y el escándalo. Gentes distantes como son generalmente los marido y mujer, se encuentran cuando comentan y discuten el último lavarropas o auto que van a comprar; el hijo y el padre distantes, conversan o riñen los momentos que dura el artículo de “actualidad” publicado por la revista preferida.

La esperanza de felicidad -esa pasión- raíz de todo dinamismo humano hoy corre sin duda nada más que hacia el mundo fabricado y ofrecido por el comercio. Los artefactos ya no son simples medios ni instrumentos del hombre: proponen un sistema completo de abastecimientos y seguridades: un mundo del hombre. Un banquete servido para todo el día y preservado por un cinturón de “seguros” sobre la vida y la muerte, el accidente, el incendio y la enfermedad.

Antes de seguir adelante en nuestro propósito, debemos advertir para comprender mejor el sondeo que vendrá después, que la máquina que envuelve al hombre como mundo proporcionado a él, ha mutilado absolutamente toda trascendencia hacia otro; intenta trazar, envolviéndolo y cerrándose después por completo sobre él, una esfera perfecta cuyo centro sea sólo el hombre.

Realidad y vida de su afirmación en sí: las cosas que lo envuelven son todas ellas causadas y conmensuradas por el hombre a solas: El hombre para sí; el hombre en sí. Como ratificación candente de lo que aquí declaramos está la dolorosa experiencia de que hoy es muy difícil enseñar el catecismo a un niño urbano. Las obras que lo rodean hablan del hombre; dicen referencia al hombre. Conocen con gran erudición las distintas marcas de autos pero ignoran las estrellas; saber algo del átomo porque con sus energías se pueden fabricar bombas “fabulosas”.

La vía señalada por S. Pablo en su carta a los Romanos (I-20) para enseñar la existencia de Dios, ha desaparecido de las cercanías del ser humano: “El entendimiento conoce las perfecciones invisibles de Dios por las cosas creadas: su eterno poder y su divinidad”. Las criatura del Señor han sido aventadas para que cedan su lugar a los artefactos. La Iglesia, en sus templos, los que están en la ciudad, moran en el desierto. En el año 1950, el mundo del hombre rompió con la menor de las costumbres cristianas.

## PARÁGRAFO 6

Entremos ahora en el sondeo prometido: Ciertamente si miramos tan sólo las apariencias de ese mundo y al hombre pululando en él, podríamos concluir que al fin éste ha encontrado su equilibrio; que ha acertado en construir el mundo a su medida. Todo allí es esmeradamente pulido: risas, vestidos, postizos, hervoroso rumor de colmena, ruidos, músicas chirriantes, luces, cartelones de epopeya comercial.

Sin duda, tal mundo parece ofrecer una vida fácil y abundante. Lo necesario y lo superfluo se encuentra en los escaparates, muy al gusto de cada uno, servido por un comercio providente y solícito. El hombre, la mujer, el joven, el niño, pueden es la actualidad llenar el día sin esfuerzo; antes por el contrario, basta que se engastasen en la urdiembre de rutinas que arman la actividad de una urbe para que su tiempo esté colmado. Las “motivaciones” para estar “muy ocupado”, sobran: complicadísimos institutos burocráticos de toda especie, planillas de enseñanza, fichas y expedientes, empleos, trámites legales, “diversiones”, vidrieras y pasatiempos se multiplican hasta desbordarse y abrumar los días y las horas.

Pero si dejamos de mirar el mundo para mirar al hombre por dentro, la visión es muy otra. Tan grave es su estudio que hasta los mismos psicoanalistas a pesar de su miopía, denuncian un interior descompuesto, torpemente lacerado por el mismo hombre.

La interpretación propuesta por esos científicos de la conjetura lejos de ser científica, entra en el campo de fábula y el mito.

Pero el hecho es cierto: angustias, depresiones, traumas, evasiones sin cuenta, se enredan en mundos subjetivos vacíos, en tinieblas; y la neurosis está tan generalizada que un psicoanalista francés decía: “Tout homme a une démente larvale”.

Ahora bien: enredar los datos y buscar mayores precisiones, es difícil. Cuesta mucho estudiar el hombre “materia varia e informe”, sin maltratarlo. Casi siempre se lo encierra en cuadros donde la referencia se invierte, pues con ellos, no es el ser humano el que queda conocido sino el cuadro argüido de ineptitud.

Me parece que sólo un salto bastante audaz nos permitirá penetrar en ese mar, la más llena de mudanzas y ondas encontradas y poner en ella algún orden: la mentalidad, no sólo la individual, sino también la social es la que dirige y configura la vida del hombre-individuo y la de los pueblos.

Tres son las mentalidades que actúan en este mundo impregnado de neurosis: La cristiana residual; la liberal-iluminista, y la existencialista.

1) Es verdad que cuando los cristianos dejaron de entender que la presencia del Cristo en sus vidas tenía una intención regenerante -la cual con acierto se podría llamar de re-creación- concibieron a la Religión Católica como a cualquier otra religión: Una ley moral externa impuesta por la sola autoridad absoluta de Dios. Ya no se vio el cristianismo en su verdad insólita: el remedio, por antonomasia de la naturaleza quebrada del hombre. El “siglo de las luces” se había encargado de preconizar demasiado al “hombre bueno”; los científicos positivistas fueron persistentes en convencer el que la naturaleza humana es esencialmente animal y la ley divina, postiza, en absurdo contrariedad con ella.

Entonces el mundo occidental -cristiano en última instancia- perdió de vista al Cristo regenerante: que El tiene poderes y fuerzas para tomar por dentro la naturaleza del hombre, sus tendencias concretas deformadas por el pecado, con el fin de normalizarlas devolviéndoles medida y finalidad humanas, de manera que su operar, así liberado de frustraciones, quiebres y contradicciones, volvieran a ser auténtico despliegue de su esencia racional.

Además se da la transfiguración divinizante de nuestra naturaleza que el Cristo también opera, pero ella supone como preámbulo de dicha regeneración de lo natural pues rescata lo que es suyo, lo creado por Él, para meterlo en su seno, exaltado en grado que le permita participar del “Cielo nuevo y la tierra nueva”.

El Cristo y la Iglesia fueron muy ofendidos y vilipendiados en la mentalidad de la mayoría de los cristianos comunes,

incluyendo entre ellos a los teólogos sin capacidad para serlo, que concibieron imaginativamente “lo sobrenatural” y predicaron la doble felicidad antagónica; además de hecho, en la práctica, juzgaron que la gracia no salva a la naturaleza sino que la anula y contraría.

En este eclipse de la Verdad por el “siglo de las luces” y las ciencias positivistas, el cristianismo quedó convertido para muchos y en la mentalidad común, de Religión de la Vida en religión de la muerte que vedaba la vida; esta versión grosera resultó, es cierto, una “superestructura” oprimente de esa mezcla de tendencias y vicios que el vulgo y los científicos empiristas llaman “naturaleza humana”.

Insisto. El Cristo y su Iglesia siempre enseñaron el cristianismo como la insólita novedad; como el germen vital por excelencia, regenerante y transfigurante que, depositado en la esencia del hombre, le comunica vigor, el cual normaliza y además transforma, dando parte y sentido divino al hombre descompuesto por el pecado.

Aquella concepción contradictoria entre naturaleza y gracia fue lugar común, muy grueso e insoportable, en el siglo XIX. No sorprende entonces, que haya sido principio de conflictos subjetivos neuróticos.

2) La concepción optimista divulgada por el iluminismo francés y la masonería, de que el hombre es naturalmente bueno, esto es, que está exento de la deficiencia de pecado radicalmente, también es fuente de conflictos. Se extiende hasta nuestros días aunque cede su lugar a la mentalidad existencialista.

Claro, este muchacho siente deseos de pegar a su padre (para ello, no es necesario que esté inconscientemente enamorado de su madre, basta con que haya mutuo rechazo por antipatía innata e inconsciente, rudeza arbitraria, confiesa envidia de parte del hijo, ostentoso énfasis de su ciencia y sus “cualidades” de padre, algún trauma de la infancia en las relaciones paterno-filiales, en fin, mil combinaciones pasionales posibles al corazón humano sin o con intervención de libido). Con horror lo reprime dentro de él: no se puede confesar a sí mismo porque se mueve la convicción fundamental de que “es bueno”.

Otro tanto aquella mujer casada que ama a su marido y sin embargo sintió la atracción fugaz de otro; intenta ahogar dentro de sí ese impulso no confesándose. Efímero como era, impide que pase el no mirarlo en lo poco que significa sino con referencia a su convicción absoluta de que es una “esposa modelo” que en consecuencia, está obligada a sentir horror de haber traicionado a su marido con una imagen que por sí misma hubiera durado un instante de segundo. La violencia que imaginativamente se hace para que no fuera lo que ya no sería, estabiliza en ella un complejo de culpabilidad, en el cual a su vez suscitará escuela de supuestas infidelidades.

Para el verdadero cristiano, en cambio, no hay problema. Sabe que es noble por naturaleza y por gracia de Dios; pero se sabe también miserable: herido de muerte por el pecado, en cualquier instante puede ascender el deseo inesperado, tortuoso y sutil, contrario a su firme voluntad del bien. Lo mira de frente y no necesita de psicoanalista para vencerlo.

3) La mentalidad existencialista corre actualmente como reguero de pólvora. Heidegger puede estar satisfecho: hoy el hombre no es otra cosa que una masa existente sin definición, arrojado y abandonado en medio del mundo.

El ser humano está solo, huérfano, desamarrado de toda autoridad. Desde su infancia “hace lo que quiere”. Padres, maestros, gobernantes, superiores religiosos están para contemplarlos, temerlos y servirlos con adulación en lo que quieran, en sus “ganas”, cuya satisfacción inmediata es la única norma que rige al mundo actual.

La consigna dada a las ciencias es no pasarles el fenómeno: no explicar nada, no buscar la causa de nada. El hombre está ahí, presente, como una masa existente sin definición que actúa impulsado por un conductivismo biológico. No hace falta saber más. Toda pregunta, todo inquirir es sospecho de “apriorismo” peligroso a la liberación de esa masa informe, lo único realmente existente.

Tal posición es falaz y perversa. Los que imponen tales prescripciones teóricas en nombre de la “Ciencia”, luego, en la práctica, se permiten imponer principios, “apriorismos” y definiciones, interpuestas y, sobre todo, conducir.

Al fin, después de una labor de férrea dialéctica metafísico-científica de siete siglos, han logrado frente al Cristianismo, la liberación de los apetitos del hombre. Freud y Sastre pueden estar satisfechos; el ser humano, hoy, “liberado de todo tabú”, todo lo subordina al placer, a satisfacer sus apetitos. Podemos entonces concluir, siguiendo la mentalidad del primer psicoanalista (S. Freud) “El hombre ha llegado a ser feliz”.



## PARÁGRAFO 7

A propósito, en este punto de la exposición, no puedo callar una anécdota. Perdón, pero lo creo “sintomático” o si quieren, típico con respecto de la vida actual.

En luego de estar un año cave el Señor en el sagrario, enfundado en una sotana negra, tomé un pequeño barco francés. Los superiores me habían destinado a cursar los estudios eclesiásticos en Francia.

Al volver al mundo, cuyas ofertas había gustado pidiéndoles lo que ahora pedía sólo al Señor, comprendí que una lucidez nueva y escondida me había invadido. Mis ojos verán como los de Balam, hijo de Beor.

Después de aquel apartamiento de toda cosa junto a la pequeña capilla del noviciado, con el Señor Jesús en ellas el ambiente de la cubierta del barco me resultó acre como el pelaje de un mono. Allí se movían sin hacer nada, francesas desdibujadas que en otro tiempo pudieron ser bonitas. Sus perfiles quizá delicados, habían sido ablandados por manos corrosivas, por bocas y fiebres obstinadas. Aunque de un blanco mate, con los ojos en su lugar y nariz fina, sus rostros estaban opacos, ausentes.

*“Una voz se oye en Ramá, lamento y mucho gemido; es Raquel que llora a sus hijos, y no quiere ser consolada porque ya no son”.* (Mt. II-18).

Después supe que ellas componían un “Ba-ta-clan”, el cual después de “exitosas actuaciones en Buenos Aires” volvían a su país de origen.

Unas adolescentes rubias, tal vez norteamericanas, vibrátiles, un comerciante lustrado y obeso y una francesa solterona entrada en años y maquillaje agresivo, con una perrita de pomeraña de nervios a flor de piel como su dueña, se destacaban en medio del pasaje, pequeña muchedumbre de siempre, gris, sin caracteres.

El barco, entrando en las aguas barrosas de río, se alejó del puerto de Buenos Aires cuya visión de conjunto fue la de un charco cubierto de bruma estancada y sucia. Resultaba grotesco aquella miseria de la “gran ciudad” pretensiosa y déspota, casi inexistente bajo el nivel de un río sucio, envuelta en una atmósfera de residuos.

Era aquella una gran aventura, la de internarse en la casi nada de las aguas y el cielo turbios, en una pequeña masa humana de atonía uniforme.

El barco entró más tarde en el océano, lomo acerado bajo un cielo cándido. Su virginidad me resultó anacrónica. Aquella gente apenas si veía las sillas, el camarote y el bar. Sobre todo el bar y la pileta. No sabían que hacer con su carne, permanecían unos momentos sumergidos en el agua como en éxtasis de batracios; saltaban luego, la tendían al sol, corrían al bar. Reían con risas forzadas que trataban de ser cristalinas y bien calculadas, las de las mujeres, poderosas hasta la grosería la de los hombres. Criaturas ficticiamente hervorosas, parecía que existían para calmar apetitos diminutos, inventados; que cada paso era una boca con su deseo confuso que se obligaban a saciar.

Pero reían, tratando de vencer la densa realidad del océano y del cielo. Vidas mínimas parecían haber encontrado su equilibrio en aquel infinito al revés, en ese sometimiento absoluto a sus apetitos pulverizados en copetines, chops, helados, gaseosas, remojos, baños de sol, gastadas caricias, aplastado humorismo, remedos de amor, encuentros nocturnos glandulares.

Todo así, marchito, hasta las adolescentes vibrátiles de cabellos desvaídos como finos follajes dorados. Una francesa que se creía hermosa o por lo menos elegante se propuso conmovier al mojigato envainado en la sotana negra. Estábamos en alta mar, cerca de la línea del Ecuador, y por allí, por esos días, cayó el Tiempo de

Pentecostés sobre el pobre barco cargado de carne fermentada. La francesa pensaba que con sentarse displicentemente y favorable en el mismo banco, cerca del novicio, que llevaba el fuego de Pentecostés ahogado en su alma, transido de compasión, veía son los ojos de Balám, hijo de Beor, las carnes frágiles y delicadas de la mujer, transitadas por la asquerosa baba de muchos.

Un día que, apoyado en la borda, miraba los ritmos de las aguas, se le acercó el comerciante de mejillas hinchidas y esplendentes. Por supuesto, llevaba un habano en la boca. Estaba satisfecho, contento de su habilidad de comerciante: había ganado millones vendiendo a buen precio porotos al hombre de postguerra, logrando intrducir más de una partida de granos apollillados.

El novicio, desolado, ardía en las llanuras devastadas del hombre hecho polvo, aventado en sodad mínimas: un microcosmos para seres humanos reducidos a colonias de pólipos, cuyas vidas, bajo las propuestas del comercio, se iban en consultar, día y noche, las bocas de sus poros.

Mientras llegaban las penumbras del anochecer, cuando con sus ojos pegados a las aguas, interrogaban el “para que” de esas vidas, a sus espaldas, los ojos de buey del bar exhalaban espirales de voces transparentes. Eran las jóvenes norteamericanas que cantaban el “rag del tigre” al compás de un piano bien pulsado por manos viriles. Una nostalgia sin término potrada antes, inconfundible siempre, ascendía, estrangulada, en un vértigo de ritmos, y notas y destellos: era, aquél, un paroxismo de cristales quebrados a sordina.

Todo se quebraba arrasado por el silbo tenue de la inmensa, auténtica angustia sin orillas, de la pobre criatura humana.

El novicio comprendió entonces que las vidas crepitantes en enanas satisfacciones, el brillo de las risas, la sumisión incondicionada a las glándulas, la búsqueda del placer sin término, la complicada máquina del mundo intentando fraccionar y abastecer al infinito los apetitos inmediatos del hombre, era costra sin consistencia que la herida irreductible de la naturaleza humana hacía añicos con la voz final de la neurosis: vacío-nada estrangulado por los vórtices de ritmos, notas, destellos tensos y precipitados de “El rag del tigre”.

# CAPÍTULO 2

## ENCUENTRO DEL HOMBRE CON LA REALIDAD

- 1) Introducción.
- 2) Ámbito interior del hombre: La adolescencia.
- 3) Encuentro del hombre con la realidad: La racionalidad es inteligencia adecuada al mundo corpóreo.
- 4) Unidad sustancial y operativa del hombre: Appetitos sensibles sin instintos correlativos.
- 5) Aprehensión oscura de las esencias de las cosas.
- 6) La sensación pura.
- 7) Todo acto humano deja su rastro.
- 8) El subconsciente.
- 9) El niño y la mujer, intensos engarces del ser humano en la realidad, el niño.
- 10) La mujer.
- 11) Interrelaciones masculino-femeninas.
- 12) Apéndices: Conocimiento psicológico científico del hombre y conocimiento psicológico mítico del hombre.

### 1) Introducción.

Hemos perdido de vista al ser humano; hemos jugado demasiado con él; con demasiados títulos de propiedad sobre nosotros mismos nos hemos apartado sensiblemente de nuestra naturaleza. Estamos desplazados, desgajados de este ser que ignoramos y llamamos “Hombre”.

Por eso no es extraño que un curso de teología se ocupe de la antropología, ya que aquella ha de estudiar no sólo a Dios sino también a aquel que está llamando a ser su morada en la tierra. Un poeta dijo una frase que penetra como hierro candente en el siglo en que vivimos: “Los vientos de Dios se marchitan en los cielos”. Por cierto : viento también significa espíritu; la intuición del poeta vio, sin saberlo, que el Espíritu no puede actuar, no encuentra cauce viviente donde encender su acción.

En nombre de ese estado que afecta nuestras propias raíces, les pido desvelada atención con el fin de llegar a conocer a “este gran ser desconocido” (Alexis Carrel), ignorado; a este gran ser humano que llevamos dentro y gime, ahogado, con las voces de la neurastenia: es cómo gime, cómo está diciendo “no es esto lo que te pido”.

### 2) Ámbito interior del hombre; la adolescencia.

Hemos explicado en el capítulo anterior el esquema a la vez simple y esencial que del hombre podemos hacer: una inmanencia abierta por una doble trascendencia. Entremos paulatinamente en mayores precisiones: no es una inmanencia cerrada y activa sobre sí misma, como quiere Kant, sino abierta y receptiva.

Destaquemos la nobleza que encierra el término inmanencia: llamamos así a la aptitud suma, a la perfección final de la inteligencia y la voluntad por el cual un ser encuentra al ser. Una potencia es inmanente cuando sus propios actos permanecen en ella perfeccionándose. Ellos quedan y perfeccionan la misma potencia que los produce. Perfeccionar, en el sentido riguroso de la palabra significa terminar, acabar, colmar, planificar. El término “perfecto” deriva del latín *per factus*, hecho en pleno.

La nuestra es una inmanencia vacía y a la vez de tal vacío, de ese gigante cuya dimensión natural es la misma que la de su hambre, es infinita. Ella se levanta por primera vez en la adolescencia, la cual si se puede considerar una edad, sino el momento en que se rompen los moldes de la infancia y se inaugura la juventud.

La debemos respetar pues se trata de uno de los momentos de la vida humana en que podemos matar al hombre. No nos burlemos jamás de él; lo podríamos hundir para siempre. ¿Medimos el peso de dicho instante que fue también nuestro?. La criatura libre se enfrenta por primera vez con horizontes desconocidos, enigmáticos, esto es, con una red casi infinita de posibilidades en el bien y en el mal. La voz de semejante vacío se da bajo la forma de una angustia tensa, potente, muchas veces sin orillas. El psicoanalista la clasifica de patológica. No, no lo es. Se abre la flor por encima de la infancia y en la corola del momento decisivo, el interior esencial, inmenso del hombre que exige la posesión permanente de un bien infinito. Padres y maestros deben interpretar la angustia propia de esa edad, no como tristeza y desaliento, sino como impulso oscuro que intenta mover hacia lo que no se posee y se debe obtener para llegar a una sazón humana perfecta.

### **3) Encuentro del hombre con la realidad; la racionalidad es inteligencia adecuada al mundo corpóreo.**

No sé si recordarán aquel cuadro complejísimo que estuvo en el pizarrón, con el cual queríamos dar una visión exhaustiva de las potencias que componen la psicología humana; intentaba ofrecerles en él un esquematizado panorama del mundo que llevamos dentro y aunque el plano que ofrece el pizarrón es amplio, aun faltaba la enumeración de los actos que componen el acto humano completo, los temperamentos y las influencias externas que modifican nuestra parte psicosomática. Pues bien, al nivel de la conjunción razón-cogitativa se encontraba el primer acto de la inteligencia humana, la simple aprehensión. Ella constituye el acto “nudo” de nuestra psiquis con la realidad. Las potencias cognoscitivo-sensible y la intelectual intervienen simultáneamente en un acto por donde entra la realidad corporal-óptica en nosotros. Por él y solamente allí comienza el encuentro del hombre con la realidad.

Nuestra inteligencia está dotada de racionalidad. Ella es la perfección propia, privativa del hombre y sólo del hombre: la inteligencia angélica no es racional, menos la de Dios.

¿Qué es esto? ¿Porqué se le atribuye a la humana y solamente a ella?. No se trata de otra potencia más sino que llamamos razón al modo de operar de una inteligencia inmersa en la materia donde los inteligibles no están inmediatamente patentes a ella. Resulta así -y es admirable, por cierto- que adecuada a la realidad sensible, en punto tal que la naturaleza humana se halla en dicho mundo consumado el ciclo de ser corpóreo; lo remata

le corona ya que la inteligencia es perfección final; por esa aptitud el ser encuentra el ser, el ser reposa en el ser poseyéndolo, poseyéndose.

Evidentemente, las cosas están muy bien hechas: el ciclo de lo sensible, esto es, la piedra, la planta, el animal, no concluyen en sí mismos. De quedar en eso sería una creación vana, para la nada. La vaca no sabe que es vaca, el naranjo no sabe que da azahares, no gusta su ser. Piensen ustedes en la soledad y opacidad de este mundo sin la inteligencia racional del hombre, la única que en él puede gustar el ser de las cosas e iluminarlas con la definición de ellas.

La razón es a la vez potente y fragilísima: fallamos en una premisa y el raciocinio se desvía cayendo en el error; fallamos en un primer principio y, no ya el razonamiento, sino el conocimiento y vida se precipitan en la ruina.

Conozcámonos a nosotros mismos: por una parte los sentidos en contacto inmediato con la realidad-cosmos; la cima interior de ellos, esto es, la imaginación y la cogitativa, se adecua y abre hacia la razón por otra parte, ésta se mueve hacia el dato sensible, lo analiza, relaciona y compara; el inteligible -la esencia- es así atrapada, de su medio de la materia donde miradas de formas sustanciales producen torbellinos de cambios y mudanzas. Entonces acaece la unión íntima que puede darse -*cognoscere est fieri fieri aliud in quantum aliud*-; por el acto soberano que llamamos juicio, en abrazo indisoluble, para siempre, la inteligencia se hace conocida y ésta, sin dejar de ser lo que es, se hace inteligencia.

#### **4) Unidad sustancial y operativa del hombre; apetitos sensibles sin instintos correlativos.**

Es falso, es error de graves consecuencias concebir una naturaleza humana dividida en parte espiritual y parte animal.

Nuestra sensibilidad no es animal, es humana (Romano Guardini). Ella no se encuentra determinada por instintos, antes bien, apetece el imperio de la razón. Su estado primario es de una cierta determinación, toca a la razón concluirla dándole medida y forma humana. No tenemos una animalidad cerrada por el instinto sino abierta y en vocación de las mociones de la razón. Dos facultades sensoriales superiores -la imaginación y la cogitativa- adecuan la aprehensión sensible a la razón. A la primera de las potencias nombradas, fina y exquisita no se la conoce sino en estado deplorable perturbada de continuo por la afluencia de las pasiones; a la otra, causa seguramente de los fenómenos parapsíquicos, se las ignora y, mientras la primera es pronta en afinar la cosa percibida para ofrecerla a la razón, la cogitativa a su vez, con modo de operar donde ya interviene esta última potencia, presenta el mundo multiforme y sutil de las intenciones que, de esas mismas cosas sensibles, se desprenden.

La conjunción cogitativa -la razón constituye el nexo estrecho y recíproco entre la parte racional y la sensible. Lo que hace el instinto con el apetito en los animales, lo que debe hacer el imperio de la razón con los apetitos sensibles en el hombre. La estimación aceptación o rechazo- de lo que en la realidad nos ofrece no puede hacerla la cogitativa a solas; es la razón la que, conociendo lo conveniente y disconveniente a nuestra naturaleza, la que debe dar la respuesta, mediante la facultad tope sensible ya nombrada, al estímulo propuesto por la realidad concreta.

En una palabra, es tarea personal del hombre poner medida humana en sus apetitos pues en él no hay como en los animales, instintos que los conmensuren con la medida específica propia del ser humano, como acaece en el animal. Únicamente así habrá unidad personal en el individuo-hombre.

Estamos despistados totalmente: la pauta de hoy, para vivir, es la espontaneidad como si se tuviera los apetitos determinados por el instinto. La ciencia materialista pide más aun; le parece poco el grado a que se ha llegado y habla de continuo de la liberación de “instintos reprimidos”. Esta convicción vulgar adolece de una u otra deficiencia: o no se conoce la naturaleza de éstos o bien se permanece extraño a la experiencia real, diaria del ser humano.

Les pido que fijen la atención en la variedad de actos que reina en el mundo de los hombres; tanta, que lo lleva a Sto. Tomás de Aquino a clasificar la materia humana, vista en su conjunto, de “varia e informe”; y Heidegger, intentando una primera lectura de esa materia sin supuestos ni preconceptos, llega a la conclusión de que somos un existente sin definición, esto es, sin determinación espacial.

¿Si hubiera instintos animales en el hombre, habría tanta variedad de cocinas desde España, Alemania hasta la China?. ¿Habría tanta variedad, casi infinita, de búsquedas sexuales, desde el perfecto casto hasta el reprimido, el hedonista, el lujurioso, el homosexual, o el sadista?.

Llamamos instinto a aquel toque por el cual la naturaleza de un animal descarga infaliblemente su dimensión y modos específicos sobre la acción concreta. La determinación específica se proyecta de esa manera, en un “cuando, cuanto y como” los apetitos han de operar; el perro de Miguel actuaba exactamente igual que el perro de Pedro. Observemos bien: el instinto no determina actuaciones diversas en individuos distintos de una misma especie sino la misma actuación en los diversos individuos de una misma especie, esto es, son mociones específicas, no individuales. En cambio, cada hombre decide lo que va a hacer y es tal la diversidad, que hallamos abismales entre individuo e individuo. Además, ¿no llamamos persona a aquel que delibera y auto-determina su acción frente a cada circunstancia?.

No; nuestros apetitos sensibles no están regidos por instintos. Si fuera así, no habría problema: nuestros actos serían, todos ellos, auténticamente humanos. Seríamos perfectos. En cambio la perfección es tarea personal de cada uno; tenemos que terminar de hacernos, de perfilarnos como hombres. Naciendo, la naturaleza nos propone un “existente” a medio hacer, radicalmente humano pero no actualmente humano.

#### **5) Aprehensión oscura de las esencias de las cosas**

Volviendo a la simple aprehensión. La unión de la parte superior de la sensibilidad con la inferior de la inteligencia que acabamos de explicar, obliga a esta última a encauzar el caudal de su energía intencional hacia la realidad que los sentidos le

presentan. La simple aprehensión, a la cual comúnmente se la llama intuición es el acto propio de ese ensamble sensitivo-racional.

Dicha primera aptitud cognoscitiva, esto es, la intuición de lo real, depende de la complexión psicósomática de cada individuo; encontramos con facilidad notables diferencias entre unos y otros; los hay de intuición aguda; otros solo la tienen; mientras los primeros son vibrantes y fácilmente lesionables en su espíritu, los segundos, torpes, con frecuencia extraños a las circunstancias de personas y cosas que compongan los momentos de su vida concreta. Una cultura elevada puede añadir fineza; los abusos y la grosería de usos y costumbres pueden embotarla.

La intuición es el primer acto propiamente humano. Sin ella no puede haber otra cosa que vida oscura, vegetativa e ilusoria, pues con ella y por vía de los sentidos entra la realidad en nosotros.

Es un acto compuesto sensible-intelectual que aprehende el dato sensible y, a la vez, de manera oscura, la esencia de la cosa concreta a la cual pertenece dicho dato sensible. Tal entrada masiva de la realidad se produce en todo hombre, mujer o niño, espesa y opaca en el rudo, fina y penetrante, aunque siempre confusa, en el dotado de intuición aguda. Todos, salvaje o sabio, absolutamente todos, aprehenden algo más que el fenómeno en la mancha alargada de aquel hombre presente, que se imprime en los sentidos. El animal aprecia a esa misma mancha sólo como existente ya benéfico, ya nocivo. De allí que la ciencia empírica haya llamado con propiedad, estímulo al objeto aprehendido por el animal para de ninguna manera ese mismo concepto se puede aplicar indistintamente al conocimiento humano. Nunca, como quiere el materialismo, los objetos podrán reducirse para el hombre, a meros estímulos; ellos dejan de manera oscura, incoando con la inteligencia el conocimiento de la esencia inmutable.

Nuestra riqueza psíquica yace ignorada en nuestro interior. El psicoanálisis la ha encontrado descompuesta, pudriéndose debajo de los ensayos de las ciencias positivistas que intentan reducirla a simples apetitos animales sin trascendencia. La psicología fisiológica -Pavlov, Watson, conductivismo, behaviorismo, psicología aplicada, técnicas de la persuasión, propaganda- insisten en convencernos de que nuestras vidas al final de cuentas no son otra cosa que una fugaz condensación de estímulos y reflejos condicionados.

Lo lamentable está en que nosotros les damos la razón. Permitimos que con el cebo de las grandes ciudades, se nos convierta en muchedumbre; perdemos la aptitud y el riesgo personal ante la vida pata guarecernos bajo una red de ideas y rutinas que nos nivelan un la categoría única de materia utilizable. Las técnicas de persuasión, test, propaganda comercial, política, periodismo, radio, TV, nos envuelven con marejadas de estímulos que nos inducen y conducen por donde quieren.

## **6) La sensación pura**

Bueno, la simple aprehensión es un acto compuesto, un acto conjunto de los sentidos y de la inteligencia. Hasta tal punto es así que ningún hombre, jamás tuvo ni tiene conciencia de un acto sensible puro, de una sensación y percepción pura. Nunca, ni en vigilia ni en sueños.

Absolutamente; el hombre no sabe cómo puede ser una sensación pura como la del animal. Siempre está mezclada de aprehensión intelectual; por torpe que sea, por rudo o salvaje, la aprehensión sensible va acompañada de una aprehensión simultánea intuitivo-intelectual, oscura y masiva de la esencia. Esa es la gran diferencia, un verdadero abismo que existe entre el hombre y el animal.

Hemos afirmado que el animal conoce sensaciones puras y en cambio el hombre, jamás las conocerá y a pesar de que tal afirmación brota concluyente de la experiencia más universal y del examen de ña estructura esencial de nuestra naturaleza, el materialista, parodiando una verdad cristiana, ha llegado a enunciar la ilusión perversa de que un día alcanzarán “el amor puro”. Llaman así a un futuro acto sexual “puramente glandular, “depurado” de toda concomitancia espiritual y moral.

La realidad habla de otra manera: en Suecia, donde tantos jóvenes que ensayan durante muchos años “el amor puro” terminan suicidándose.

Vaciedad, ésta, del hombre, imposible de obtener. La experiencia sexual es tan íntima que el caudal de la esencia del uno penetra y se aloja en el otro, de manera latente y oscura sin nunca morir. El hombre lleva oscuramente dentro la presencia de las mujeres a las cuales se haya unido; la mujer más aún, de manera que cuando transitan diversas, se cargan de las que ya murieron para él porque pasaron y sin embargo quedan, viviendo muertas. Aquella mujer que ,llevada por la sucesión de los días, pasó, ha muerto y sin embargo queda dentro sin morir. Es la corrupción más profunda: que el hombre, la mujer vayan llenando su interioridad con cadáveres que no mueren.

La muerte corporal es nada comparada con este infierno de muertes vividas; experimentadas y acumuladas en la inmanencia del hombre, donde los sucesos de la vida no mueren. Es el infierno de estar devorado dentro, por la caducidad de las criaturas. Si busco mi bien en ellas, no lo hallo interminable; el probarlo ha sido para que experimente su término.

“Constaté que fue, que ya no es: nunca jamás” (Edgar Alan Poe, “El cuervo”).

## **7) Todo acto humano deja su rastro**

Dijimos ya que los encuentros del hombre con la realidad se produce por un acto intuitivo, compuesto, la simple aprehensión, sensorio-intelectual: en consecuencia, parte es transeúnte, parte inmanente. algo de él pasa; algo, queda.

La cosa que mis sentidos aprehenden, es transeúnte; sabemos que lo que ellos perciben es la transitoria realización del ser en la materia. La parte del sentido también pasa: su órgano ha de quedar vacío de una impresión para dar lugar a otra. En cambio, en la inteligencia (inmanencia vacía) todo queda. Nuestros actos dejan un rastro en nosotros, para siempre, un tatuaje: un bien o una contradicción adquiridos.

Porque soy libre puedo hacer algo contrario a mi naturaleza humana y por esta misma razón será meritorio el que voluntariamente ponga un acto que la acrezca, cumpla y perfeccione.

Hay en el hombre potencias inmanentes -inteligencia y voluntad- intemporales, donde se produce para siempre la más inefable unión de dichas potencias con lo conocido y con lo amado; por consiguiente, cuando se prueba lo disconforme con nuestra naturaleza, se sedimenta en su seno una contradicción que la distorsiona y atormenta. Esta verdad arroja una luz última sobre la formación del subconsciente tanto sano como patológico.

Todo acto nuestro, deja su rastro. La demostración clara la encontramos en aquellos ancianos, a los cuales se les esclerosa el cerebro. Mientras la memoria está inhibida para recordar hechos recientes, sin embargo reviven su infancia y hablan de ella como si no fuera un pasado.

Debemos respetar y temer la naturaleza que Dios nos ha otorgado pues es de grandeza y especie incomparable e ignorada. Lástima que los científicos presupongan que es un puro animal. Con semejante premisa sus análisis no pueden llegar más que a conclusiones desconcertadas. Extraño animal, éste, que cuando quiere serlo -desgraciadamente con frecuencia- entra de manera inexorable en conflicto consigo mismo. El animal que quiere establecer en él no es aprobado por un meollo que impone su voz de mil maneras e indefectiblemente malogra el paraíso que sueña encontrar en la carne y en su situación temporal presente, sin nunca lograrlo.

## **8) El subconsciente**

De cada acto del hombre, algo pasa y algo queda. Lo terrible es cuando se da un contraste conflictivo entre este “quedar” y aquel núcleo irreductible, entre nuestra esencia firme, compacta, inalterable y lo que queda dentro por los actos libres del hombre que quiere convertirse en puro animal. Por causa de dicho contraste, tantas cuantas veces ensaya queriendo darse dicha definición, resulta de allí no un puro animal sino fabuloso, mítico, que lleva consigo a donde quiera que vaya graves fracturas y trastornos a la escala zoológica y a su propio mundo.

El subconsciente no es otra cosa que la sedimentación en las potencias dotadas de inmanencia -inteligencia y voluntad- de lo que queda de cada acto, esto es, la intuición más o menos oscura de las esencias acarreadas por las percepciones sensibles, en las cuales el apetito se haya interesado de alguna manera.

La acumulación subconsciente no es siempre patológica. La hay sana en aquellos que aciertan con los caminos auténticos humanos. El hombre está abierto en vocación, no de deleites, sino de universo. Tiene aptitud para hacer suyos los inmensos caudales ónticos de Dios y las criaturas que componen el universo e instituir en sí mismo, sus riquezas. Para ello es necesario que las conozca, ame y trate en la luz y el bien reales, no en lo ilusorio del pecado.

## **9) El niño y la mujer, intensos engarces del ser humano en la realidad, el niño**

La característica psíquica principal del niño, la mujer y el artista, consiste en el mayor grado de agudeza intuitiva y, por ende, también pertenece a ellos, la mayor receptividad subconsciente. Mencionaremos en este trabajo y a modo de ejemplos, la recepción de la realidad que se opera en el niño y en la mujer, dejando la del artista para considerarla en otra ocasión.

La infancia goza de una intuición radiante; esponja que quiere embeberse de universo, su verdadero juguete es el mundo de las criaturas de Dios. El niño se despliega y exulta cuando llueve y puede chapotear en el agua; se aplica con intensidad cuando descubre la flor, el insecto insólito, cuando juega con la arena o, como los primeros artesanos, con el barro. Es ésta la edad decisiva.

La persona humana para nutrirse de realidad necesita un espacio geográfico proporcionado a él; estar envuelto por un compendio de estrellas, aguas, soles, pájaros, etc., que le pertenezcan de alguna manera. Tal enlace es indispensable, exigidos por los modos de su naturaleza psicosomática. Esta encuentra muy poco del mundo real cuando no entra en profundo contacto con la esfera inferior, la de los seres corpóreos, en cuyo centro se encuentra en su numen y verbo.

El hombre debe echar raíces en los senos ónticos de las cosas sensibles; de otra manera se convierte en una inmanencia atormentada por los apetitos que, enredados en aprehensiones insuficientes de la realidad, pronto se vuelcan en ilusiones, sueños y mitos sin poder llegar por esos derroteros a otra cosa que a la frustración y neurosis.

Lo que hoy se oculta por completo es que esa relación hombre-tierra es trascendental, esto es, necesaria, no optativa, pues no existe para él otra entrada de la realidad en su espíritu que la de los sentidos. Si al niño se lo cría en un depto. y su prolongación, la ciudad, no se le ofrece otro contenido que un mundo subjetivo, exacerbado, de apetencias errantes, las cuales, ala postre se devoran entre sí al faltarles la debida compensación: las marejadas de la realidad ubérrida del universo, la única correlativa -correlación de connaturalidad- a esos apetitos.

La Casa Histórica, por ejemplo, es una casa para el hombre. ambientes laicos y profundos donde se condensan, abreviadas, las cualidades de nuestras llanuras, inducen a la vez, a intimidad y recogimiento. El primer patio nos devuelve el ciclo perdido en las calles de la ciudad; pronuncia intensamente su original diafanidad poblada de mundos latentes. Pero la Casa Histórica no es la única en escala humana; éstas pueden variar sus dimensiones y la ordenación de sus partes el infinito siempre que incluyan alguna referencia telúrica real.

Dicha exigencia está impuesta, no por criterios ni modas sino por la estructura psicológica esencial del hombre: una inmanencia vacía en sedienta capacidad de universo, la cual no puede pegar su boca más que en esa plenitud del ser por más que el libre albedrío del hombre decida otra cosa.<sup>1</sup> Ésta aclaración la hacemos sin pasar el orden sobrenatural de la gracia sino permaneciendo dentro de los lindes naturales de las cosas que componen el universo.

Luego de esta advertencia, retomamos la intención del presente trabajo, debemos expresar que la exigencia antes anotada, es lúcida y aguda en el niño, el cual recibe de manera inconsciente, intemporal y con gran receptividad objetiva lo que le ofrezca el ambiente que constituya su actual estar en el mundo. Por eso el depto. desmorona sus posibilidades humanas y traumatiza su interior con heridas que permanecerán configurando su psiquis durante toda la vida. La ausencia de los tesoros ónticos del cosmos, la falta de experiencia de aquel orden, regulación y comunicación de bienes y, en su lugar, la aprehensión de las frecuentes torpezas de sus padres lesionando a cada paso el amor conyugal, la vulgaridad de la radio, revistas y televisión, la ciudad gris, interminable irisación de paredes y ruidos impenetrables para su sensibilidad, llevan al niño a estados inconscientes de melancolía, escepticismo, desprecio o cinismo cuyas proyecciones en el futuro, combinadas con las situaciones que vendrán, son

---

<sup>1</sup> Llegado a este punto, para evitar ambigüedades en boga, nos vemos en la necesidad de interrumpir la ilación de lo que se expone, para advertir que se usa la palabra universo en su acepción exacta: multitud vertida y ordenada por el Uno. Es decir, llamamos así a la multitud de las criaturas, la cual si bien por sus interrelaciones forman un todo compacto, este mismo orden no oculta la verdad sino que la manifiesta, de que todas, unas de manera inmediata -los ángeles y los hombres- otras mediante los grados ante dichos, están vertidas en el Uno Supremo, el cual porque es el Ser necesario, dador de la existencia a toda cosa, imprime sentido y vehemente anhelo de Sí en todas ellas, vertiéndolas de esa manera, por atracción esencial mediata o inmediata, en el Uno al cual llamamos Dios.



imprevisibles.

## **10) La mujer.**

A lo mejor le corresponde también una posesión pronta e inmediata de la realidad concreta. Por el lugar que Dios le ha dado, tiene, como el niño intuición aguda de las personas y situaciones concretas que la rodean. Difiere en que, mientras la del niño es intemporal de manera que las más significativas se estabilizan en su alma configurándola, las de la mujer la injertan en el devenir del tiempo y están condicionadas por su propia experiencia y pasión. Experiencias generalmente no superadas al menos por ella misma, se convierten en principios de juicio hasta el punto de que una impresión particular, intensa, la retraerá si es mala, o bien la volcará en aquello, si le fue subjetivamente agradable o benéfica. Depende del hombre el que alcance un justo equilibrio, pues él tiene aptitud adquisitiva de los principios inmutables de la praxis y aquella, capacidad racional para recibirlos y asimilarlos hasta hacerlos profundamente suyos. Por eso se podría decir que la mujer es la palabra viviente del varón: ella nombra con su pasión y su vida la luz que éste haya adquirido o los errores que haya fraguado.

La aguda intuición de la mujer pareciera hoy, que se ha de extinguir. se mueve casi automáticamente sin que el caudal afectivo de su alma intervenga demasiado en nada. Ejerce su función de sorprender al varón con un fondo de derrota gustada de antemano. Desde que éste la ignora y la ha localizado en categorías niveladoras, animales, y en un mundo de números, comercio y especializaciones, ella también se ha perdido de vista y, como criatura vacante, se aplica con desgano a cualquier cosa diciendo con todo: “No se para que vivo”

Es receptiva en grado sumo. Sus percepciones prontas le invaden de inmediato sensibilidad y espíritu. Se podría decir que es el espíritu más próximo a la sensibilidad, no porque sea sensual por naturaleza sino porque toda ella arraiga profundamente en el misterio de comunicar vida a la carne: aflora del seno de ese misterio y su psiquis encuentra allí su última explicación. Por eso vibra con exceso en las circunstancias eventuales y por causa del trato que no esté en diapason con la delicadeza aprehensiva de sus nervios, sin poder pesar por lo general el grado de importancia o gravedad de lo percibido; no alcanza por sí misma los principios inmutables, donde descansa con certeza el juicio humano y, por consiguiente, carece de referencias firmes para justipreciar los estímulos e imprecisiones que la convivencia y el mundo le ofrecen.

En cambio, por esa misma proximidad de su espíritu a la sensibilidad, lo bello, lo poético y la música encuentran pronto eco en ella y le producen fácil catarsis.

Asombra ver como esa estructura esencial de la mujer, si no está calibrada por virtudes de resistencia y compensación, la desposa de inmediato con la realidad que la rodea, sin evasión posible. El hombre se refugia con facilidad en ideologías, oficios, artes, construcciones mentales que satisfacen sólo en plano mental sus aspiraciones humanas, mientras a expensas de esa satisfacción ficticia, su vida va perdiéndose en días vulgares, de frustración. La mujer, no; si encuentra ocupación deshumanizante sin contenida real como lo es, por ejemplo, un empleo burocrático, se entrega íntegramente a él hasta el punto de que la esterilidad propia de dicho empleo, la plasma, matando paulatinamente su rica plasticidad expresiva, la femineidad de su espíritu y de su cuerpo hasta convertirla, aunque esté casada y con hijos, en la imagen de un árbol seco, sin frutos.

## **11) Interrelaciones masculino-femenino**

Los criterios igualitarios en boga la han lesionado profundamente. varón y mujer no son iguales sino distintos y mutuamente complementarios en vista a componer una naturaleza humana total en un determinado orden. El hombre no puede tratar a la mujer con los modos que trata a los otros hombres. Al cabo de ellos, la naturaleza se retrae inconscientemente dentro de la mujer y ésta, aunque esté actuando junto al hombre, se ausenta del mundo de los hombres. Se disloca: por una parte, retraída; busca ser novedad y sorpresa cada día, con lo cual parece clamar a la desesperada: “Véanme, yo también existo”.

Visto desde este fondo psíquico, no extraña el hecho de que cuando se decretó su libertad y equiparación de derechos con el hombre, no se le haya ocurrido otra cosa que usarlos para ratificar públicamente su depender de él. Por primera vez en la historia de todos los tiempos las parejas pasean, el varón imponiendo a modo de yugo su brazo -signo de poder- sobre los hombros de la mujer; o bien la abraza de la cintura proclamando su posesión.

¿Qué puede significar un hecho tan contradictorio con respecto de la marcha de la sociedad occidental?

Parece ser una de tantas protestas de la naturaleza real, la cual impone de manera casi salvaje la textura esencial de la naturaleza humana en contradicción con las ideologías superficiales de que son los occidentales despojados de la sabiduría que caracterizó los tiempos de su apogeo.

Varón y mujer son cada unidad subsistente propia, persona en posesión de sí de manera íntima o incomunicable; pero a la vez, en cuanto a las aptitudes para que esa naturaleza se realice en el ingente devenir de la materia, ambos entretejen una sola naturaleza, no porque estén informados por una única substancia sino porque una admirable distribución modal los ensambla. Masculinidad y femineidad son modos entitativos -son géneros, no accidentes- que afectan a la substancia humana en toda su extensión, entablando de esa manera complementación mutua y total entre varón y mujer.

Es error de consecuencias trágicas pensar que ellos se complementan en la sola región de las glándulas genitales. Inteligencia e inteligencia, voluntad y voluntad, sensibilidad y sensibilidad con todo su bagaje de facultades cognitivas, apetitos y pasiones, se llaman mutuamente en vocación de ser una sola cosa, no por confusión ni mezcla, no por dominio despótico de uno sobre otro, ni tampoco por inexplicables urgencias fisiológicas, a las cuales se las encuentra tanto más exigentes cuando el ser humano esté más ido por debajo de su perfección normal (Gregorio Marañón), sino por complementación, por la cual ambos se nutren mutuamente con la aptitud que el otro tiene.

La distribución de aptitudes es admirable. La inteligencia del varón es sobretodo racional y abstractiva; la de la mujer, intuitiva. Aquel, por tendencia natural, mira los principios y leyes que rigen el ser y el obrar; ésta aplica a las circunstancias concretas de las personas y las cosas las consecuencias de esos principios y leyes; incorporan al torrente de la vida, sin saberlo lo que el varón haya adquirido o fraguado en su mente. Tal relación es tan natural y necesaria que la cumple aún cuando aquellos principios versen acerca de ella misma y le sean nocivos. Hoy, por ejemplo, mientras las ideologías que corren en zonas de ficción, proclaman la liberación de la mujer, las convicciones reales transmitidas a ella por el varón en el diario vivir, la rebaja de su condición de persona humana a carne subsidiaria del apetito del hombre y, la mujer, tan receptiva es de la mentalidad del varón, las vive y las ejecuta como si fueran suyas propias. No discrimina modas ni tratos ni “diversiones”, sabe que está en derroteros de ruina, es consciente de que día tras día como mujer-persona pierde pie, que va hundiéndose en el lógamo anónimo de ser considerada nada más que un poco de carne codiciada por breves instantes y, sin embargo, extorsionan su naturaleza, la decora con atuendos y actitudes estridentes con tal de entrar en la zona de esa codicia, la única que le han dejado para existir.

Lo que hemos dicho de la inteligencia, lo podemos afirmar de la voluntad y la sensibilidad. Las mismas modelaciones complementarias matizan a ambas, de tantas maneras. Sobretodo a la sensibilidad, mediante la cual el espíritu de la mujer desempaca prontamente en la irizada contingencia de las situaciones en que se puede encontrar el ser humano. Sus nervios son como finas cuerdas tendidas entra la realidad y la mente del varón. Las convicciones motrices que el hombre concibe a modo de primeros principios de la conducta, recaen de inmediato, con toda su fuerza en el espíritu y la carne de la mujer, la cual plasma en sí, como nadie, lo que tienen de verdadero, falso o perverso; las concordancias entre realidad y cuento, la sazonan y agudizan; los conflictos, la quiebran en multitud de angustias, iras y neurosis.

En fin, si nos internáramos más en estas dos naturalezas, cada una completa como persona y a la vez, provistas, ambas, de modos esenciales complementarios entre sí, al descubrir las compensaciones y armonías internas con que se podrían fundir en una entrañable unión, la más íntima que puede darse en el orden natural, quedaríamos deslumbrados. Una mutua vocación de esencias es la que llama a esa fusión interior, estable, sin orillas, cuando novios y esposos movidos por verdadero amor total logran encontrarse, el uno al otro, en el dilatado seno que llamamos alma. Y es ese mismo llamamiento el que se descarga y arrasa en aquellos que se aproximan creyendo que la cita varón-mujer se consuma nada más que en la epidermis y en las glándulas.

A dichas disposiciones profundas interiores se debe la especial hondura trágica que acompaña la búsqueda de tal unión cuando el pecado la quiebra e impide de mil maneras ni las “exigencias” glandulares, ni presuntos “instintos reprimidos” -que no existen- ni la sórdida e implacable “libido” -particularmente imperante en el mismo S. Freud- explican la intensidad conflictiva que caracteriza los “problemas sexuales” multiplicando con espesa grosería por el hombre occidental, ahora precisamente, cuando navega como nunca en la plenamar de su “progreso” y vuelca en las diez y siete estratosferas superpuestas de su cielo “humanista”.

## 12) Apéndice: Conocimiento psicológico científico del hombre y conocimiento psicológico mítico del hombre

Al terminar este segundo capítulo del curso “Estructura psicológica esencial del hombre” y antes de pasar adelante, debe hacerse notar uno de los propósitos que lo animan, quizá el principal: destacar la unidad racional-sensible que fundamenta la totalidad de la rica psiquis humana. Asimismo la armonía con que los estados de conflicto, comenzando por la concepción de la doble felicidad -la una terrenal, la otra celestial- y terminando en las contradicciones internas producidas, sobre todo por el pecado, los traumas y las neurosis, encuentran sus causas en el propio operar en discordancia con una esencia inamovible, y no en una dualidad sustancial.

Sí, debe llamar la atención sobre lo insólito del método empleado en el presente trabajo. Resulta excepcional en el vasto campo de la ciencia psicológica actual, pues desde Descartes, la psicología<sup>2</sup> se mueve, o mejor dicho se debate, en una constante desavenencia de la inteligencia racional con los sentidos. Y ella, con criterio más mítico que científico, se desenvuelve en un interminable bailoteo entre ambos polos, sin nunca encontrar equilibrio.

Nos han acostumbrado a una imagen dislocada del hombre. Aquel filósofo Descartes, entregó al mundo moderno como fundamento de todo estudio antropológico el esquema de la doble esencia, extrañísimo dentro del universo, ya que mientras todas las creaturas realizan con inefable nitidez la unidad específica que les han sido encomendada, únicamente el hombre estaría destinado al perfecto drama de una naturaleza no sólo quebrada, sino incomprensible compuesta en su misma esencia por dos elementos contradictorios entre sí.

¿Cómo esa naturaleza llega a ser una a indivisa (individuo) en la existencia?. Con la carga de semejante principio ni se proponen el problema. Un individuo con dos esencias es un imposible metafísico, por eso nos atrevemos a ver un mito y no planteo científico en dichos enunciados. Las diversas escuelas han manifestado, no precisamente objetividad sino el espíritu que las animaba. Acentúan de hecho, uno de ambos extremos, otorgándolo de manera tácita junto con la primacía la unidad indispensable para estar en la existencia con lo cual la otra parte de nuestra naturaleza queda en todos los casos reducida a un apéndice contradictorio, inexplicable, quizá monstruoso, siempre enigmático.

Para el espiritualismo decadente de Descartes y para todo el racionalismo que en él se origina, el hombre es una esencia pensante más otra extensa, cuya vida se resuelve como una inmanencia clausa que se nutre de sí misma. La morfología de dicha inmanencia varía según los autores.

Descartes carga el énfasis en la razón, la cual visitada directamente por la verdad debe prescindir de los sentidos pues éstos mienten y son los autores de los errores que perturban la ciencia humana. Aquí, sin sujetarnos a los ídolos actuales, podemos preguntar la concepción cartesiana: ¿Es ciencia o mito?. La ciencia consiste en un hábito intelectual adquirido por la demostración e inclinando a demostrar; lo uno y lo otro se encuentra ausente en tales proposiciones (cartesianas). En cambio, resulta fabulosa. Sin demostración posible, esa imagen dividida “o natura”, donde reina un espíritu con modos de conocer angélicos, arrastrando un miserable apéndice somático-sensorial, inútil y nocivo de estructura matemática por esencia.

Simultáneamente el empirismo inglés, continuador del nominalismo, sistematiza en el pensamiento occidental la posición antagónica a la del racionalismo cartesiano. Haciendo circunloquios debemos decir que ellos son una expresión crecida en grosería del escepticismo nominalista. Las ideas -dicen- no son otra cosa que percepciones generalizadas y la intuición sensible es lo único válido en ciencia. Lo que estas proposiciones evidencian es que ni Rogerio ni Franchis Bacon, ni los demás empiristas hasta Hume, gozaron de inteligencia. Ellos por complexión propia y no de todos los hombres, no pasaron de la imaginación. Este es precisamente la que tiene como oficio el generalizar percepciones y a ellos por algún especial embotamiento del espíritu, el “intus legere” de la inteligencia les quedó vedado y así tampoco alcanzaron la posesión de esencia y de causas.

No asombra que esas opiniones anden por debajo de la realidad y de la ciencia, ya que la verdad es adquirida: “Por unos pocos, después de mucho tiempo y mezclada con muchos errores” (C. G. libro 1º, C.IV, Bº 23-25, Ed. Marietti). Lo que causa extrañeza es que dicho criterio, adversario a la ciencia, haya fijado, él exclusivamente el método a las ciencias modernas.

Más tarde, Kant, profesor por antonomasia: su vida transcurrió espectral, nutrida sólo por las opiniones y disputas de los hombres, nunca vio germinar la semilla, ni la henchida intensidad de la oruga, ni oyó cantar un pájaro, tampoco a un niño chapotear en el barro. A través de Wolff y de Hume, el racionalismo y el empirismo confluyen hacia él, y, como consecuencia,

---

<sup>2</sup> Para nuestros tiempos, pero desde mucho tiempo antes para el occidente (Platón, neoplatonismo, gnósticos, nominalismo)

sistematizan el escepticismo de este último con metodología racionalista.

Kant, siguiendo a Hume, logra pronunciar el escepticismo pleno y final; en este sentido no pudo ir más allá. Escepticismo que significa la ruptura definitiva del hombre occidental con el universo y la autorización para entregarse por el camino del “cogito ergo sum” a su propia contemplación, no pudo llegar más que a esa concepción negativa-suicida de sí misma. Según Kant, lo único que el hombre puede conocer es que no conoce. Si algo existe, para el entendimiento es caótico e ignoto: alguna realidad entra por los sentidos, la cual modificada y reducida a fenómeno por éstos, no entrega su caudal óptico. La razón toma ese material y lo ordena en categorías preexistentes en ella; así compone su objeto, de manera que dicho fenómeno mental originado en el fenómeno sensorial y modificado por las formas y categorías a priori, es lo único que nuestro entendimiento conoce. Realmente, una vida larval la de un profesor conceptualista que transitó sólo libros y nunca palpó una hierba que germina.

Además, la concepción de las categorías “a priori” es cuanta (cuantitativa), esto es, son figuras y partes de un todo extenso, muy distante de la simplicidad entitativa de la inteligencia.

Veamos si podemos explicar brevemente este punto importante, a saber, la experiencia real de todo momento evidencia:

1) Que la razón es potencia simple, inmaterial.

2) Que los grandes géneros -sustancia, accidente, cualidad, etc. - con los cuales se clasifican en un orden lógico la variedad de los seres, y que la razón descubre al sondear las esencias absorbidas por la simple aprehensión después de comparar concepto con concepto -es decir, las categorías lógicas, los grandes géneros del ser- nunca pueden preceder al concepto sino que son posteriores a él.

Figuras anteriores a la percepción, son propias de la imaginación; luego en consecuencia, podemos pensar que Kant - porque arrastra resabios inconscientes del sensualismo de Hume- confunde simple aprehensión intelectual con percepción sensible y categoría lógica con figura. Con gran sorpresa encontramos aquí otro filósofo cuyo sistema acarrea resabios imaginativos, no ha llegado a conocer lo inteligible puro por abstracción formal perfecta. Por eso no concibe los universales.

Es bueno compara para ver los abismos en que puede caer el hombre: los griegos cuando comenzaron a mirar el cosmos a la luz de la pura razón, descubrieron, lo primero, “la armonía preestablecida”. En el otro extremo, el racionalismo alemán -Kant- formula el reverso de aquella cosmovisión: un universo ignoto, tal vez caótico, que llega al hombre a modo de un flujo espectral, fenoménico y sin finalidad.

Notemos que en la concepción kantiana no sólo ya no existe un cosmos henchido de contenidos ópticos y regido por la “armonía preestablecida”, experiencia inicial de todo hombre cabal y en todos sus grados fundamento primero del conocimiento humano antes de Kant, sino una materia informada a la cual se la posee únicamente por visión a que le pone orden y forma, al conceptualizarla dentro del andamiaje puramente lógico de la razón.

Si fijamos la atención en la estructura psicológica esencial humana que se desprende del sistema agnóstico de Kant, podemos preguntarnos: ¿para qué existe criatura tan miserable?. Un interior clauso donde no se mueven otras realidades que conceptos espectrales brotados del connubio de las categorías “a priori” con los fenómenos, nada más que a la percepción sensible.

Kant quiso, no se sabe si consciente e inconscientemente, fundamentar la autonomía absoluta del individuo, pero no parece que no nota que la obtiene en teoría, y un poco como Adán, a fuerza de perderlo todo.

Las consecuencias de tal sistema que se sedimentan en la mentalidad del hombre moderno, son gravísimas:

1) Para el hombre no habría otra vida que un mundo subjetivo nutrido por los propios apetitos apenas abastecido de fenómenos transeúntes.

2) Según dicha morfología y de acuerdo al principio kantiano de que no existe para el hombre una realidad objetiva extrínseca anterior al ser humano, a cuyas leyes haya que someterse, se desprende el derecho a regirse por la propia opinión, la ideología, el mito y la ilusión.

3) No habría más ciencias ciertas que las fenomenológicas.

Hegel, a continuación y en camino iniciado por Fichte y Schelling de identificación de la inteligencia humana con el ser, intenta resolver en altas cimas de delirio mítico, el vacío en que Kant dejó al hombre. no lo devuelve su sustancia racional-corpórea capaz de hacerse de alguna manera todas las demás cosas sin disolver su concreta unidad personal en el todo-universo, sino que lo llena con un ser primero y único. Eso sí, un ser de alucinada demencia, pues es ser a la vez “inteligencia-ser-nada-devenir”. Así se instaura en la metafísica con su audacia y gran señorío, la contradicción y la ambigüedad perfectas.

El hombre y las cosas, según Hegel, serían sólo estadios diversos y grafuales de dicho primer principio cuyos nombres son imprecisos como lo es aquel concepto. Se lo podría llamar idea o espíritu aunque no es ni idea ni espíritu; siendo por origen un todo indeterminado, busca su propia determinación y mientras no la encuentra es, por eso mismo, una nada, un vacío. La busca (la idea) mediante ciclos ternarios, los cuales ascienden hacia una última concreción epifánica de sí misma. En tal devenir, el hombre sería una de las manifestaciones más sublimes de esa inteligencia-ser-nada.

Pero su es un primer principio único, indeterminado; ¿Cómo y porqué busca su propia determinación y dónde la busca?. Si es indefinido, de ninguna manera sale de tal estado, pues su determinación para ser algo, no lo ha de buscar en sí ya que es indeterminado, tampoco fuera de sí porque es primero y único y, por consiguiente, no hay nada coexistente con él.

La actitud racionalista llega aquí a su punto final. Tanto mirar la inteligencia humana en sí, sin referirla ni subordinarla a la realidad cósmica, terminan identificando el sujeto-inteligencia con el objeto de ella: el ser. El Uno resultante de tal identidad se llama “Yo absoluto” en Fichte; “Conciencia” en Hegel. desde entonces, a lo largo de filosofía germánica y derivando en objeto de estudio de las últimas psicologías fenomenológicas -psicoanálisis y psiquiatría- la conciencia, no la sustancia real constituye el único existir cierto del hombre.

Hegel es maestro de confusión. Su labor metafísico fue la de trasvasar al ser ontológico los caracteres de la inteligencia humana. Contempla a esta como si fuera la Esencia primera y absoluta. Lo que afirma de su primer principio-idea-espíritu, es verdad si lo decimos de la inteligencia, pues a ella con propiedad le pertenece el ser, la nada, y el devenir.

La inteligencia: su naturaleza consiste en aprehender el ser y poseerlo identificándose con él por vía de conocimiento. El conocimiento es a su vez asimilación perfecta, hasta el punto de que la esencia de la cosa que está conociendo, la actualiza como inteligencia y la inteligencia actualiza tal esencia en sí, en la medida que la conoce.

La nada: mientras la inteligencia no conoce es un vacío indeterminado, pues no tiende por sí a tal ser determinado como el ojo tiende al color, sino que es capaz de poseer cualquier ser y todo ser. Por lo tanto su estado, por su propia naturaleza es de indiferencia hacia los seres que luego, al conocerlos, le conferirán su propia determinación.

El devenir: en la inteligencia podría ir al infinito, mientras conoce cosas puede andar sin término ya que siendo todas ellas limitadas, ninguna agota su capacidad de poseer el ser por conocimiento.

Cuando Hegel pasa a la segunda triada, existencia-fenómeno-realidad, procede a la inversa, e imputa a la inteligencia lo que es propio del ser real. Así elabora confusión en la zona decisiva de los primeros principios, convirtiendo al hombre en manifestación de un Dios-inteligencia, que aunque posee todo porque todo procede de ella, corro buscando no se sabe qué y no lo encontrará ni dentro de sí -pues lo busca- ni fuera de sí, porque siendo primer principio, existe sólo él.

## SÍNTESIS

Para el racionalismo, la inteligencia humana se convirtió en el objeto absoluto de esa misma inteligencia y ella se encargó de reducirlo al absurdo. Comenzó por pensar que las esencias de todas las cosas estaban insertas en la naturaleza de la razón tanto como en la existencia (Descartes).

Spinoza edifica su sistema sobre la definición de sustancia de Descartes y llevado por las conclusiones que se desprenden de tal primer principio, concibe un universo de una sola sustancia. Aquí, como consecuencia ya se esboza una primera identificación de la razón con un ser único.

Luego Kant frente a la disyuntiva planteada por el racionalismo y el empirismo inglés, quiere conocer el origen de los conceptos y, más logicista que metafísico, queda vencido por la cuestión, definiendo al hombre como una enteloidia lógica, es decir como una inmanencia vacía, negativa con respecto de lo real, ocupada en fraguar conceptos con los barruntos de la realidad -fenómenos- traídos por las percepciones.

Hegel, en pleno romanticismo, intenta de un salto llenar al hombre con todo el ser y con toda la realidad. No se da cuenta que es tarde, que la costumbre que ha heredado de ver el ser en la inteligencia del hombre es tanta, que queda aprisionado por ella. Se jugó al exceso, con cosa tan soberana como es la relación de la inteligencia con lo real, que al fin, aquélla se vengó del hombre.

Con Fichte, Schelling, pero sobre todo con Hegel, el romanticismo -la exaltación de *yo* personal- invade los bastiones de la metafísica y llega a su colmo. El susurro obstinado y tenso que surca los subsuelos de la historia: “*Seréis como dioses*” (Gén. 3,5) aflora finalmente la teoría hegeliana. Quedan estratos de la misma, en la mentalidad del hombre moderno. Tan convencido está de que todo lo lleva en sí, que está lleno de su propio ser y potencia, terminado y determinado desde su nacimiento, que la vida para él, aún en la infancia, consiste en convertir sus posibilidades personales en acción. No necesita alcanzar su propia

perfección: apenas un oficio y una especialización que le permitan actuar fuera, en el mundo, donde el hombre piensa que está construyendo “su mundo”.

### **CONCLUSIÓN**

Hemos visto que los principales sistemas racionalistas proponen varias imágenes del hombre, compuestas, de una u otra manera, por fabulosas relaciones de la razón con el ser real hasta llegar al punto de identificarlos en una única entidad-inteligencia pura-idea. La escisión espíritu-soma sensible, acompaña a todos ellos, excepto Spinoza -para el cual el pensamiento y la extensión son los atributos de una misma sustancia- y Hegel, en cuyo sistema encontramos que lo sensible no es más que un paso o estadio de la idea, la cual, volviendo hacia sí, en su constante devenir, llega a ser también espíritu: Mito. El mayor de los tiempos modernos, sin asidero científico alguno, mientras que éstos autores exponen, no demuestran. Olvidando ese método fundamental y obligatorio, llegan a verdaderos desvaríos como lo son la producción del concepto, según Kant por las categorías “a priori”, o la identificación concebida por Hegel de la inteligencia con el ser y con la nada derivando en devenir.

Tan absorbidos y vencidos quedan por la contemplación de la inteligencia en sí, que no se acuerdan de desprenderse de tal alucinación con el fin de someter sus conclusiones a la prueba de fuego exigida por la honestidad científica: a saber, referirlas a la realidad, para ver si ésta las rechaza o aprueba, ya que es vana y nociva la metafísica o ciencia que no lee lo real en la profundidad de sus causas y resulta mítica cuando atribuye a una cosa mayor perfección que la que le corresponde por su esencia y especie.

Así obraron: Descartes, dando al entendimiento humano el modo de conocer angélico; Spinoza, con su concepto de sustancia única, con variedad sólo modal de los seres; Kant, con sus categorías “a priori” y hacedoras dentro del hombre del orden del universo, mientras éste, según él, no ofrece a la razón por la vía de los sentidos otra cosa que materia informe. Pero, sobre todo es Hegel quien concluye el mito del racionalismo, pues con exceso romántico llega a hacer una sola cosa de la inteligencia humana y el primer principio óntico de todas las cosas. Corre éste con el extraño poder de sacar su propio poder y determinación de la nada, desde una indiferenciación primera pasando por estadios graduales, perfeccionados, hasta la epifanía de su determinación final.

## CAPÍTULO 3

### LA INTUICIÓN

Es el acto compuesto de percepción sensible y aprehensión intelectual; es el acto fundamental del hombre. No todos tienen agudeza intuitiva como para percibir la marea inmensa de la realidad de las criaturas que nos envuelven y forman un universo. La intuición es el nexa con la realidad, sin ella estamos como aislados; eso es lo que le pasó precisamente a Kant; si pudo concebir un mundo nada más que mental, un espectro sin vida habitado por nosotros, objetos y sujetos, nada más que conceptuales, es porque no tenía intuición. Este hecho fundamental del hombre recomienda la humildad y muestra la necesidad de la composición en sociedad por la cual yo puedo tener aquello que me falta.

Ese nexa con la realidad se da en el niño, en el artista y en la mujer, y dentro de los artistas, el poeta; la poesía es el momento del encuentro con la realidad. Nosotros en general, tenemos percepción nada más que de las cosas rutinarias, no vemos los rostros distintos, nuestra madre está a nuestro lado y no la hemos visto; a nuestro hermano jamás lo hemos reconocido y es quizás un muchacho molesto y lo veo bajo esa razón, de que me es molesto pero nunca he visto a ese ser humano distinto que brota junto conmigo como lo puede ver un poeta o un santo. Yo Estoy ante esta criatura humana, densa, abismal, ahora, aquí y no la veo quizá en toda mi vida y es porque me falta intuición. Es la intuición de la madre que ve a su hijo y que vela por él. El dolor de una madre es inmenso, porque ve un hombre que no es pata hoy ni para mañana, va a hacer todo un destino humano: lo está pariendo todos los días porque lo lleva en sus entrañas para siempre jamás. Una madre no tiene jubilación, ella está inmolada por excelencia -la verdadera madre digo- no se sabe hasta que punto el silencio de una madre está cargado de dolor, y en eso está la intuición más profunda de la mujer y dentro de eso cabe todo.

El poeta está compenetrado por los dardos de la realidad, de todas esas esencias no cumplidas, de esas esencias frustradas, en este gesto, en aquella acción fugaz, que nadie ve. El niño es intemporal, ve la pelea del padre con la madre en toda su significación humana, ve una unidad que se derrumba; ellos quizá no porque cono ya están condicionados por la experiencia, saben que la pelea puede pasar y que al otro día pueden estar sonriéndose, pero el niño sabe de la amargura esa, definitiva, concluida de esos dos padres divididos fuera, mientras en él están unidos. Esa es la tragedia del niño. Es tal la torpeza de esos padres que cuando pelean -el niño siempre lo ve, aunque esté ausente- están matando a su hijo. Es muy sencillo, porque están dividiendo fuera, lo que en el niño está indisolublemente unido.<sup>3</sup>

Ahí en la pelea del padre empieza a frustrarse al hijo, el hombre que puede ser el hijo. El hijo crece lozano no como el amor del padre por un lado y con el amor de la madre por el otro, sino que crece como retoño vigoroso cuando está vivificado por el amor conyugal. Aquí vean una imagen viva de la Santísima Trinidad, en el matrimonio todo tiene que estar en una relación como está Dios Padre con respecto de Dios Hijo, en un amor eterno, inagotable y entrañable y de ese amor brota el Espíritu Santo: en ese lugar está el hijo. Miren todas esas opiniones en favor del divorcio, ¡en qué estado animal estamos! Después de toda esta experiencia trágica, de toda la novelística que se ha escrito sobre este tema, de todo lo que han dicho los poetas, ¡qué todavía se hable de divorcio y que todavía los esposos digan que se han casado para una satisfacción secreta y baja, nada más que una pasión! ¿Ven como el hombre es algo más que un animal, ven el gigante interior? Un perro se une a la perra y tienen un perro o seis perros auténticos, fieles a su esencia de perros, que crecen como perros, perros veraces; y digamos, ese niño que crece envejecido por la discordia de sus padres, ¿es un hombre veraz? ¿es un hombre que crece? ¿es un hombre fiel a se esencia de hombre? ¿Ven una de las razones profundas porque Cristo quiso llamarse el Hijo del hombre?

Siempre estamos engendrando al hombre en nosotros mismos y en el otro y mucho más y con mucha más razón en el hijo, al hijo del hombre. Siempre el hombre va ha salir de nuestras acciones, de las cuales somos absolutamente responsables, y por eso cuando muramos se nos va a pedir cuenta del hombre y del hijo del hombre. Todo el día estamos engendrando hijos, todo el día. Todo lo que puede suscitar un chiste verde dicho delante de un niño; y los tontos creen que el niño no entiende. Los tontos son ellos, los que no entienden son ellos, embotados en su animalidad. ¡Toda la curiosidad obsesionante que puede despertar en un niño un chiste verde! y la pobre mujer cree que dándole un codazo al marido se terminó todo, que el niño no entendió.

---

<sup>3</sup>El hindú ama a esa mujer porque se ha casado con ella, no se ha casado con ella porque la amaba, sino que la ama porque se ha casado con ella; el hindú es mucho más profundo que nosotros.

**La intuición es el nexo con la realidad** ¿Por qué los grandes artistas son trágicos? Porque ven como un niño, porque ven lo que el otro está haciendo, inconcientemente por supuesto. Díganme ustedes, ¿cuál es el más grande artista de cine? Sin duda Carlitos Chaplin. Y él con su intuición finísima ¿no es trágico? Y Miguel Angel, que quiere proclamar un canto de alabanza al crecimiento del hombre ¿no es trágico? Miren sus dos Piedad finales. Un Shakespeare, un Dovtoiesky, un Balzac.

El niño, la mujer y el artista son los tres nexos que tenemos con la realidad. Atiendan bien al artista, vean no a esos artistas falseados de hoy, donde parece que también ha entrado la moda: mala señal. Pero miren ustedes un Picasso cuando hace una criatura fraturada con su cubismo; la mayoría se ríe y no saben que están mirando su propio retrato. ¿No está hecha trizas la criatura moderna? Veamos ¿quién me puede decir donde hay unidad, cuántos me pueden decir que tienen unidad personal, en su acción y en su vida? ¿no se están contradiciendo a cada paso? Hoy alegres y mañana tristes, pasado vacíos y traspasado levantados por una ilusión. Picasso, como los niños, tiene unos ojos enormes, como linternas que ven, ese es el nexo con la realidad.

Pero he aquí, que la realidad viene como marea inmensa hacia mi y tengo tres canales y tengo que ser humilde y aceptarlos. Debo conocerme en mis niños, debo conocerme en el estado de la mujer, tengo que conocerme en el verbo del hombre que es el artista. Esta es una presencia que debo interpretar, es un acto compuesto, el primer acto del hombre, una intuición cargada de datos sencibles que trae el ser; el hombre conoce todo sobre el respaldo del ser, hasta el más rudo intuye el ser, sabe que este es un hombre y aquel es un pájaro, cosa que no puede hacer el animal.

De nuevo observemos al niño, un poco crecido. Aquí comienza la nueva marea, la de los ¿porqué? Y hacemos pésimo daño cuando, con fruslerías y trivialidades respondemos a sus porqués –claro que puede suceder que el niño caiga en una especie de manía de reducir todo a porqués y preguntar muchas tonteras, pero también pregunta cosas muy profundas- y no creamos que lo conformamos con cuentitos de color de rosa, porque vamos creando enigmas y mitos en esa criatura, ¡qué importante somos, tenemos que crear con Dios! Sepan Uds. una cosa: que cuando un niño plantea un porque y se le responde una tontería, ese niño inconscientemente nos desprecia. Señal que somos menos que él, porque él todavía pregunta y todavía se plantea la cuestión por la cual somos hombres; nos está diciendo que podemos poseer las cosas en sus causas, no como los animales, nada más que en sus efectos inmediatos, -que es como queremos vivir- y es necesario resolver esos porqué.

Ustedes ven entonces, un dato que se impone desde afuera de nosotros, como una marea inmensa, como un paraíso que viene a nosotros: las cosas vienen sonriendo y amándonos, vienen a nuestras playas como mareas de delicias buscando que le demos un nombre.

Esta Argentina está muda. Recorremos kilómetros y kilómetros sin un verbo humano que pronuncie a la inmensa Argentina, ¿no tenemos nada que hacer, verdad? ¡que aburridos que estamos! ¡que aburrido es el día! ¿cómo haré para que pase pronto? ¡qué absurdo y qué contradicción! Me horroriza morir y resulta que estoy muriendo todo los días. Pregúntense, el día de ayer, ¿qué fue? ¿le han signado? ¿queda signado con el nombre de ustedes el día de ayer? Y el año pasado ¿qué fue? ¿Y nos vemos en la Argentina que se desmorona? Este oasis que nos ha entregado Dios y no encuentra un hombre que le de un nombre; es una pobre mujer desvalida que se casó y no tiene marido. Lo que es esa floresta que va desde el plano de Tucumán hasta Tafí del Valle y no hay un solo pintor que la haya pronunciado aún; no hay un solo poeta que le haya cantado, que le haya dado nombre, que la haya pronunciado.

El estrecho oasis formado alrededor del Nilo está cargado de inmensas obras que permanecen eternamente que nombran con la sonrisa de un Micerino o de un Keops, nombran esa tierra y la immortalizan. Y aquél pastor griego que estaba en ese prado a la orilla del mar, tiene los ojos llenos de la luz de todos los horizontes; y ese pastor mientras cuidaba sus ovejas hace una obra como el Noscóforo –a.VII a.C.- y allí resplandece la definición del hombre y toda Grecia se levanta, es una proclamación a la tierra, un canto de alabanza al ser que se ha entregado al hombre. Uno visita España y ve un hombre viril frente al cielo. Castilla es una tierra con vocación de cielo, fuerte es una aldea, es una proclamación de un hombre construido en cultura y en civilización; todo está sazonado, todo está madurado, todo está cumplido y ya tiene el español derecho a morir, ya puede descansar.

País desolado la Argentina. Nadie la ha visto aún, es tierra de nadie, no hay un solo rancho en cuya pared se haya intentado un monigote y nuestros campesinos son hombres sin tierra. Están rodeados de una tierra ubérrima que quiere brotar de mil maneras y están pensando ¿qué haré hoy? Y la radio se enciende a las 7:00 de la mañana para oír una berriada de estupideces, para matar el día, para matar la inmensa oportunidad que es un día; un día que viene cargado de universo y con Dios mismo. Dios abierto de par en par que no se pudo entregar al hombre más de lo que se entregó. ¿Ven que todo esto, para verse, necesita interpretación?



## EL HOMBRE: DIVERSAS PERSPECTIVAS Y MENTALIDADES

Yo tengo delante a un hombre y ese hombre, al ver a su hermano dice: el hombre es un animal. Y este otro dice: el hombre es un espíritu. Y este otro dice: emanación de Brahma. Y aquél otro dice: el hombre es un eterno conflicto consigo mismo.

Ya Descartes nos da un hombre dividido. Todo es esencia, una esencia pensante. Miren lo que seríamos nosotros si tuviéramos una esencia pensante. Y por otro lado una esencia externa; de ahí viene siempre una psicología conflictuante. Siempre, que sea en un Descartes exageradamente espiritualista o sea en un materialista que dice: el hombre es un animal.

La esencia del hombre estaría en ese conjunto de potencias enigmáticas que no serían más que superestructuras. Ahora bien, si la razón es una superestructura, pregunto yo: ¿cómo hay en un animal una superestructura? ¿qué promueve una superestructura si es nada más que un animal y todo es materia? Como, ¿si todo es materia, no tiene realización por dentro de la materia? Ellos tienden a reconocer que hay algo que se escapa de la materia y es una superestructura y una superestructura por cierto muy molesta para el materialismo. El hombre por esencia es animal. ¿Y qué es esto? ¡Ah! una superestructura.

¿Esto es una explicación? El instinto sublimado, el instinto es todo y ¿qué sublima al instinto? ¿Es que la planta alguna vez va a poder caminar?, ¿Es que el pez alguna vez va a querer volar? ¿dónde está y qué es aquello que sublima al instinto? ¿porqué tengo yo que sublimar al instinto? ¿Qué hay dentro mío que levanta el instinto hasta sublimarlo? ¿qué explicación dan? Ninguna.

La Psicología de conflicto afirma: hay una razón que trastorna la animalidad, un lastre. Y claro que la molesta mucho, la descuageringa día y noche; ¡qué raro este animal que tiene una animalidad destrozada, que le pide a la pobre animalidad lo que la animalidad no le puede dar!

Un beso, veinte besos. Un animal se conforma con los actos animales tal como se dan. ¿De dónde viene esa sublimación, ese afán de estar extendiendo los actos animales?. Un vaso de vino, no, veinte vasos de vino. ¿Por qué? ¿No estoy substituyendo el infinito con el número? Caigo en un silogismo falso: si un vaso de vino me da un grado de placer, veinte vasos de vino me darán veinte de placer. ¡Mentira! Porque mi animalidad no va a resistir veinte vasos de vino. Y mi pobre sexualidad, ¿va a resistir lo que se le pide? ¿Por qué es la parte más enferma, más desequilibrada, más atrocemente desequilibrada? ¿Porqué se hace cada día más enigmática? ¿Por qué yo soy un animal? No. No he visto que la sexualidad del gato complique al gato no lo conflictúe. Pobre mi cuerpo, tremenda injusticia que cometo con él. Injusticia de la cuál voy a dar cuenta ante Dios.

Lo que sucede es que yo tengo un alma racional, no es animal, es humana, está sedienta de la luz de la razón, no tiene la noción definida, precisa, conmensurada perfectamente por la especie del instinto, necesita que mi razón soberanamente, porque puede tener dominio de los apetitos animales, le de medida humana. Así es como voy a ser señor de mi vida y señor de mis actos. Así es como voy a ser verdadero varón sobre la tierra, o verdadera mujer.

Volvamos aquí y veamos que ante un mismo hecho: **hombre**, todas las interpretaciones que hay. Para el hindú, que es excesivamente espiritual y tiene al cuerpo por ilusión y engaño, el hombre es una emanación de Brahma. En los últimos grados del Brahmanismo, el cuerpo está totalmente superado, absolutamente relegado, hacen lo que se les da gana con el cuerpo; vergüenza para nosotros que teniendo la misma voluntad e inteligencia que los hindúes, estamos sometidos, esclavos a unos pobrecitos apetitos animales –ciegos de suyo- indeterminados por sí mismo y corremos detrás de ellos, ¿a dónde nos van a llevar, si son ciegos?<sup>4</sup>

Viene después del Renacimiento un señor Descartes que nos dice: el hombre es dos sustancias, no una. Acuérdense del inmanente: para nosotros y para todos los hombres antes de Descartes, era una inmanencia vacía que había que llenarla y la vida del hombre era entonces por acumulación –mis actos, siempre dejan una sedimentación en esta inmanencia. Inmanencia quiere decir que permanece y no pasa, todos nuestros actos dejan un rastro, siempre dejan una sedimentación en nosotros- Si son actos que traicionan mi naturaleza racional es un conflicto que yo meto adentro y tienen entonces razón los psicoanalistas. Si es un acto auténtico, un acto que está de acuerdo con mi racionalidad. Con la nobleza de mi naturaleza, es un acto que me enriquece, me da más vida, me da más ser. Descartes preocupado por el error nominalista, -según el cuál, el hombre no puede conocer la esencia de

---

<sup>4</sup> No basta para ser sabio el dato del poeta, el dato del niño y el dato de la mujer, porque está la pregunta definitiva ¿por qué? Saben que después de Freud muchos psicoanalistas dicen que la libido no es todo. ¿Por qué encontrar todos los conflictos del hombre en la libido? A mí, me dice un psicoanalista que el mayor número de neurasténicos que ha atendido le han dicho: ¿doctor, para qué he nacido, por qué he nacido, qué sentido tiene la vida? Tengamos cuidado que la pregunta del niño se prolongue, porque la peor desgracia y angustia del hombre es la duda. Yo comprendo la angustia de este muchacho ante las chicas que le atraen y dicen bueno, hay que decidirse, pero ¿por quién me decido; esa mujer que está delante de mí que es? Hoy la vi y tiene esta faceta, mañana la veo y tiene esta otra. ¿Qué es esta criatura enigmática, frágil que me atrae, con una atracción ciega y que vehementemente la deseo y que al mismo tiempo me rechaza? Y esta niña que puede pronunciar lo mismo que el varón: ¡qué sola estoy ante este gran hombre desconocido! El hombre está tal como se presenta, no realizando en él una definición, y también la mujer, no han visto ustedes que la decisión siempre la hacen así, como un salto de muerte? No sé, pero me caso.

las cosas. Dice: que el error entra por los sentidos; divide al hombre; aquí es donde el hombre es falible. El, que es metafísico, ¿cómo explica que las esencias lleguen hasta la inteligencia y como explica que la inteligencia se llene de ellas? De manera muy fácil y muy poco filosófica toma a Dios y le hace hacer a Dios lo que a él se le ocurre y nos dice: Dios infunde al mismo tiempo en la materia la idea árbol y en mi mente la idea árbol. ¡Qué lindo, qué fácil! Y entonces ¿por qué tengo yo que aprender, que discutir, que demostrar? Ah!! para despertar esas ideas que están dormidas. Son todas cosas arbitrarias, no demostradas.

Miren ustedes un filósofo que hecha mano de Dios cuando se le ocurre, y los ateos no dicen una palabra de esto.

Como el sistema cartesiano es tan endeble, tres veces recurre a Dios. Para salir de la **“duda sistemática”** ¿cómo sale? ¡Ah! porque Dios es tan bueno que en un determinado momento me va a dar certeza, ¡Bonita demostración! Y así nos da él una inmanencia que es algo. Dentro mío está todo el universo porque Dios al mismo tiempo que infunde una esencia en las cosas, la infunde en mi inmanencia, en dos sustancias distintas; en la materia y en la inteligencia. No tiene demostración por cierto. Descartes era parecido a aquel psicólogo que, para fundamentar una ciencia que demuestra la existencia de lo sobrenatural. Apeló a supuestas comunicaciones telepáticas. En efecto, dice que todas las noticias que le llegaban por comunicaciones telepáticas emitidas por unos sabios, unos “Mahatma”, que residían en el Tibet, en medio de las nieves y vivían miles de años. Ese era el fundamento de la filosofía que iba a demostrar si lo sobrenatural existe o no existe. Y con Descartes tenemos lo mismo. La filosofía tiene que ser ciencia rigurosa, adquirida por la demostración, que incline a demostrar. Si yo no demuestro con argumentos muy firmes, muy seguros, y muy ciertos no soy filósofo.

De esta filosofía, deriva una psicología de conflicto: están los sentidos que engañan, que traicionan al hombre y está esta otra parte segura, la espiritual. ¿Se dan cuenta que esta es una creencia que se ha extendido y que se ha hecho común?